

Beti Beltrón

HCR
056
R454-rc

REVISTA COSTARRICENSE

PUBLICACION PARA EL HOGAR

SARA CASAL Vda. de QUIROS, Directora

SAN JOSE — COSTA RICA — AMERICA CENTRAL

Año XI — Domingo 22 de Febrero de 1942 — No. 499

Templos Monumentales



San Isidro de Coronado se enorgullece de tener, quizá, el mejor templo de la República. Manifestación firme de la fe religiosa de un pueblo, que ofrece al Creador lo mejor de sus bienes materiales para convertirlos en un monumento de piedad.

Biblioteca Nacional de Costa Rica

Observaciones de Mamá Isidora

Cuántas veces compramos un melón que suponemos dulcísimo y perfumado y resulta insípido y debemos desecharlo! Algo parecido suele ocurrirnos con el hombre que elegimos para esposo y compañero de la vida. Quizá debiera decir, con mayor precisión, que "aceptamos para esposo", y que lo usual es que la elección queda librada al hombre.

¿En qué puede conocerse al que será buen marido? Con toda mi experiencia vacilo un poco al poner aquí los puntos sobre las íes, y me siento más bien inclinada a opinar al revés: quiero decir, que me es más fácil decir cuáles son las características del hombre que probablemente fracasará en el matrimonio.

Estas características son la falta de amor al trabajo, el desapego por la vida hogareña la indelicadeza en el trato, el egoísmo grosero en los pequeños detalles, el pesimismo, las costumbres irregulares y desordenadas.

A propósito del egoísmo que se manifiesta en pequeñeces, les referiré a ustedes que una muchacha muy amiga mía se halló en cierta ocasión comiendo con su novio en pleno campo, a la orilla de un río, adonde habíamos ido numerosas parejas en excursión. Al repartirse la fruta le entregaron al novio dos naranjas, para la pareja.

El novio las palpó, las observó; una era maciza, fresca; la otra era más chica y algo fofa. ¿Querrán creer que le entregó la peor a su novia, previo examen? Noté en seguida en la joven una tristeza súbita. Cesó

de hablar y de reír. A nuestras preguntas contestaba que le dolía un poco la cabeza... Una idea fija la atormentó desde aquel momento: su novio era un egoísta. Y tanto se arraigó esta idea en su cerebro, que sobrevino el enfriamiento y por último la ruptura del compromiso. Mi amiga prefirió renunciar al matrimonio con aquel buen mozo rico a soportar la vida en la intimidad con aquel espíritu esencialmente ruin.

Parece mentira que un detalle tan ínfimo la llevara a una determinación de semejante importancia para ella; pero así ocurrió, sin que nada ni nadie pudiera hacerla cambiar en su convicción.

Si en los actos importantes nos cuidamos y tenemos en cuenta la opinión ajena, no hay duda de que en las pequeñeces suele mostrarse nuestra alma tal como es, sin disimulo ni recatos. La inteligente observación de los detalles puede ayudar bastante para no fracasar al aceptar marido.

BODEGA MUÑOZ

OCTAVIO MUÑOZ V.

Calle 8ª, 50 vrs. al Norte del Mercado

Café en grano y Artículos de primera necesidad.

Hierro para techo desde ₡ 20.00, hasta ₡ 60.00.

Bodegaje para sacos a ₡ 0.10 por semana.

Betina de Holst Hijos

Constantemente tiene un gran surtido de lanas en inmensa variedad de clases y colores. Gran variedad de labores de mano y sus materiales. Gran variedad de manteles bordados y estampados en colores.

DIRECTORA:
SARA CASAL Vda. DE QUIROS

Apartado 1239

Teléfono 3707

OFICINA mi casa de
habitación

BARRIO: La California
Av. 1ª Calles 27-29

REVISTA COSTARRICENSE

PUBLICACION SEMANAL PARA EL HOGAR

Con la aprobación de la Autoridad Eclesiástica
Sencidada y aprobada por Su Santidad Pío XI

Suscripción semanal

— de —

cuatro números

₡ 1.00

AÑO XI

San José, C. R., 22 de Febrero de 1942

No. 499

Caridad o Filantropía

¿En qué se distingue la caridad de la filantropía? ¿Puede un católico, dentro de las condiciones de la existencia contemporánea, propiciar las obras de sola filantropía?

Acerca de la caridad quiero observar ante todo que, en cuanto a virtud, es específicamente cristiana, y fué ignorada por el paganismo.

Como virtud teologal que es, la caridad habrá de definirse diciendo que por ella "Dios, objeto de la bienaventuranza eterna, es amado a causa de su perfección infinita y el prójimo lo es por amor de Dios". Virtud teologal, he dicho, que como su nombre lo indica, se dirige inmediatamente a Dios. Y esto solo basta para distinguirla de la filantropía que si examinamos el valor etimológico de la palabra, significa AMOR DEL HOMBRE considerado directamente en sí y con total abstracción de Dios. Entre la caridad y la filantropía existe pues toda la distancia que media entre Dios y el hombre, entre el orden sobrenatural y el natural, entre el acto cristiano y el acto puramente humano.

Lo que agrava la distinción y no ya separa la filantropía de la caridad, sino que opone una a otra, está constituido por las circunstancias en que surgió la primera durante el siglo XIX. Es ella una de las manifestaciones del espíritu laico, y se ha

creado específicamente para sustituir la caridad cristiana.

El siglo XIX ha heredado y acrecentado el esfuerzo realizado ya por el XVIII para instituir una vida total que prescindiera en absoluto del cristianismo. Es así como vemos erigirse una moral que rechaza el apoyo dogmático, un conjunto de virtudes que son el residuo que sobrevive cuando se ha quitado a cada religión sus características propias. Todo ello da origen por una parte al deísmo, por otra a la filantropía.

Trasládese esto a las relaciones con la humanidad ya se la considere en general, ya en cada uno de sus miembros. Experimentarás para con ella un sentimiento parecido al que el deísmo implica para con Dios. Se simpatizará con los pobres, se les socorrerá si puede hacérselo cómodamente, se estimularán los servicios de asistencia social, se participará en los actos que las damas de encumbrada posición celebran para destinar las sobras a los menesterosos, se verá con placer la erección de hospitales y asilos, y se aplaudirá que los gobiernos destinen a todo esto alguna piltrafa del presupuesto nacional. Por lo tanto se pagarán entradas a los tés de beneficencia, se comprarán boletos de rifas, se tomará parte en suscripciones, se realizarán, en una palabra, estos gestos semimundanos, que combinan la gentileza para con los iniciadores de ta-

les actos y una cierta ayuda económica a los desamparados. Y esto es filantropía, porque el factor espiritual, sobrenatural, no tiene en ello parte alguna, y los actos no van encaminados inmediatamente a Dios sino a los hombres.

Alguna vez las manifestaciones de la filantropía adoptan formas especialmente contrarias al espíritu cristiano. Así ocurre con los bailes llamados de caridad y otros similares. Pero pueden muy bien tomar aspectos que en nada contradicen la moral más rigurosa. Mas no son caridad, porque falta en ellos lo específico de esta virtud, y por esto no entran dentro de la vida cristiana; están separados de ella como lo son dos paralelas, cuando no van contra ella como adversarios.

Y esto es lo que se ha pretendido difundir en el mundo para eclipsar la virtud sobrenatural de caridad, es decir, el amor a Dios, y al prójimo por El. Desde tal punto de vista la filantropía constituye un instrumento de descristianización cuya acción es solapada pero no por esto ineficaz, porque lo menos que puede decirse de ella es que extravía los criterios y siembra confusión en los espíritus. ¿Cómo sospechar de dicha filantropía, si no hay en ella formas positivamente inmorales?

Bueno es hacer notar que la filantropía fué especialmente propagada durante el siglo XIX por los organismos francmasónicos. Dicho se está que la inmensa mayoría de las personas que la practican no sos-

pechan siquiera su origen ni la forma en que se la difundió. Pero así como el portador inconsciente de un virus no es culpable a pesar de lo cual obra la ponzoña orgánica matando multitud de gentes y sembrando la epidemia en una ciudad entera, así también las gentes que se prendan de la filantropía, aun cuando de ningún modo caigan en la cuenta de sus efectos, no por esto dejan de realizar tarea objetivamente perjudicial.

La filantropía lleva una ventaja a la caridad: es mucho más fácil de hacer. La primera complace no poco a las inclinaciones humanas: no se detiene ante el género de las fiestas que realiza, no aguarda la vida futura para proporcionar un galardón a sus secuaces, sino que los recompensa en este mundo con la música, la mesa bien servida, el entretenimiento mundano. Dentro del ambiente de molicie y sensualidad tan difundido la caridad austera abnegada, silenciosa, humilde, ha de despertar forzosamente menos afectos que la filantropía dúctil, acomodaticia, armonizable con las tendencias de esta hora. Y he aquí otro aspecto del problema, sobre el que es indispensable exponer algún concepto.

Jamás, en ningún período verdaderamente cristiano, ocurrió a nadie realizar el trueque que consiste en dar placer por dinero, y además calificar esto con el nombre de caridad. No han existido juntas de beneficencia, ni concursos florales, ni festines adornados con el mismo nombre. Nunca

SOLO

Jabón SAN LUIS

con su espuma menuda y PERSISTENTE, le dará a Ud.

BUEN RENDIMIENTO

EN EL LAVADO
DE SU ROPA

Agustín Castro & Cía.
Jabonería PALMERA

Señora...

VISITE USTED

LA GLORIA

(La Tienda de Moda)

antes de hacer sus compras.

E. CRESPO & Cía.

en mis investigaciones sobre este punto, he podido remontar más allá de comienzos del siglo XIX; los actos de este género coinciden con el esfuerzo máximo en el sentido de la laicización social. Y la íntima discordancia entre ellos y el concepto de caridad cristiana es tan evidente que hasta hombres nada creyentes, como Paul Hervieu, han podido decir que la virtud predilecta de Cristo no puede practicarse más que en hábito grave y al pie de un crucifijo, nunca en traje de gala con la misma librea de las fiestas mundanas, y en ambiente idéntico al de los regocijos de la vida fácil. Hervieu tiene razón, y por esto la Iglesia ha reprobado con máxima energía esas manifestaciones de positivo anticristianismo. Y con toda certidumbre ha de decirse que quien no va más allá de la filantropía no debe esperar galardón en el otro mundo, pues lo recibió ya en éste, según la afirmación de Nuestro Señor Jesucristo.

Los menesterosos, a quienes van dirigidas las obras de la filantropía, distinguen muy bien por una especie de instinto entre ellas y las que brotan de la caridad verdadera. Cuando ven a un grupo de personas

abnegarse, tratar fraternalmente a los pequeños, dar no ya algo de lo superfluo, sino hasta de lo conveniente y aun lo necesario, no buscar recompensa mundana ni tampoco la gratitud de los socorridos, casi siempre abren su corazón a quien procede de esta manera. Pero los auxilios recogidos en todas esas solemnidades mundanas de que dan cuenta los periódicos en la misma sección consagrada a banquetes, matrimonios de lujo y veraneos elegantes, bien lejos de acortar distancias entre las diversas clases, ahondan el abismo porque los de abajo piensan, y no sin alguna razón, que quienes de tan cómoda y gustosa manera reúnen fondos para los desamparados, más que amar a éstos se aman a sí mismos. De ahí que, aun cuando los resultados económicos sean a veces muy importantes, los frutos verdaderamente sociales no solamente resultan nulos, sino que irritan en lugar de aplacarla el alma popular. La profanación del vocablo CARIDAD, y su reemplazo por el de FILANTROPIA, fuera de constituir un atentado a los derechos de Dios, representa un error cuyas consecuencias habrán de pagarse algún día. *Mons. Gustavo Franceschi.*

Pía Unión de las Tres Marías y de los Discípulos de San Juan

Secretarias: 16. — Las Secretarias de centros diocesanos tendrán a su cargo lo siguiente:

a) Libro de actas de las Juntas mensuales, en el que hagan constar todo aquello que se dé cuenta en éstas: trabajos realizados, planes, proyectos, frutos obtenidos; dificultades etc. etc. Extendida el acta, que ha de leer en las Juntas, no omitirá escribir en aquella los nombres de las admitidas para Marías, para que conste oficialmente su admisión, cuidando siempre de anotar las aspirantes que se propongan en las Juntas, a fin de que la directiva tome los informes convenientes.

g) Libre-registro general de todas las Marías existentes en la diócesis, inscribiéndolas en él al entregarles la patente de admisión.

c) Estadísticas de los Sagrarios de la diócesis en relación a su estado de abandono y compañía. Los párrocos respectivos, el Director, las Marías y los informes particulares podrán ayudarles a formar esta estadística.

Generalizado el uso de ficheros, se recomienda este medio de llevar aquella, asignando una ficha o tarjeta a cada Sagrario en que conste: nombre del pueblo, parroquia y arciprestazgo; número aproximado de comuniones diarias, semanales y mensuales que hay en él, de Marías activas y contemplativas que tiene señaladas y si son residentes en el pueblo o en qué centro, con un lugar destinado para anotarlo que se va consiguiendo en favor del Sagrario.

d) *Estadísticas de las Marías que pertenecen al centro.*—Puede llevarse también por medio de fichero, dedicando una ficha a cada María, en que conste su nombre, apellido, domicilio, Sagrario que tiene asignado, si es activa o contemplativa y fecha de su ingreso; y su cumplimiento como María por una señal convencional, destinando

un lugar en la ficha para otras observaciones pertinentes.

e) *Registros de centros subalternos.* — Según el mismo sistema de fichero, se hará constar en la ficha dedicada a cada centro: si es arciprestal o local, nombre de la María delegada diocesana de ese arciprestazgo, nombres y domicilio del Director, miembros de la Junta y primeras Marías, Sagrarios que tiene a su cargo, número de Marías activas y contemplativas, fecha de su fundación, y un lugar destinado para ir anotando los datos principales o más importantes de su actuación. Debe dedicarse una ficha al Centro Diocesano.

Con estos tres ficheros pueden tenerse siempre a la vista los datos de cada centro, cada Sagrario y cada María.

f) *Archivo de las hojas de cuenta de comuniones, visitas y obras de celo de las Marías de cada coro que entreguen las Primeras Marías pertenecientes al Centro.* De esas hojas se tomarán los datos para el registro de Sagrarios y el de Marías y ellas han de servir para comprobar el cumplimiento de éstas, especialmente cuando deseen usar del Privilegio de Altar portátil, así como también para el resumen estadístico anual.

g) Hacer las citaciones y pasar los avisos de Juntas y demás actos de la Obra, ordinarios y extraordinarios.

LOS MEJORES

CASIMIRES

— en el —

Almacén Feoli

AVENIDA CENTRAL

En **El Chic de París**

Ropa de niño, vestidos de veraneo, etc. etc.

Encontrará usted gran variedad en labores de mano y material para hacerlas.—Lanas de tejer en todos colores. Visítenos y encontrará usted muchas cosas que necesita usted para el campo.

h) Presentar todos los años una memoria del estado de la Obra en toda la diócesis, en que conste también el número de comuniones y visitas hechas y obtenidas por las Marías, el de viajes a los pueblos y demás trabajos realizados, valiéndose para ello de los datos que tenga y de los que le proporcione la crónica diocesana respecto a los centros subalternos.

Las secretarías de centros subalternos tienen los mismos cargos que las de centros diocesanos, reducidos a sólo su centro y a los Sagrarios que les correspondan, excepto lo señalado en el apartado e). Enviarán copia al centro diocesano de la memoria anual.

Cronista.—17—La cronista será corresponsal nato del Secretariado General de la obra, al que, varias veces al año, transmitirá nota de lo más interesante de la vida de aquella en toda la Diócesis y copia de la Memoria anual, para el Archivo general y para que se publique lo que convenga en la revista, órgano oficial de la obra El Granito de Arena.

Como las Secretarías, sobre todo las de centros grandes, tienen no poca ocupación con llenar cumplidamente su cargo, a fin de que el trabajo esté más repartido y se atiendan mejor los centros subalternos puede encargarse a la Cronista la parte de Secretaria relacionada con estos, llevando el registro de centros de que se trata en el apartado e) del 16 de este capítulo y estando en frecuente comunicación con dichos centros, directamente o por medio de las Voca-

les Delegadas respectivas, para transmitirles lo que conviniere y obtener datos de la vida de la obra.

No hay inconveniente en que en centros diocesanos más pequeños ocupe los dos cargos de Secretaria y Cronista una misma María.

Tesoreras. — La Tesorera tendrá bajo su custodia cuantas cantidades y objetos pertenezcan a la Obra. Llevará el libro de ingresos y gastos que leerá en las juntas mensuales y una vez aprobadas las cuentas, las firmará con el Director y la Presidenta.

Sin la aprobación de éstos no hará ningún desembolso. Anualmente presentará a la Junta diocesana el balance de las cuentas generales.

Vocales Delegadas.—19. — En cada centro diocesano podrá haber, si pareciere conveniente, tantas Vocales de la Junta directiva diocesana como arciprestazgos haya en la Diócesis, siendo cada una de ellas delegada par un arciprestazgo. Su oficio es auxiliar a la Junta diocesana en los trabajos de propaganda, fundación, organización y conservación de la Obra en el arciprestazgo que le corresponda, siendo luego las intermediarias entre el Centro diocesano y el arciprestazgo; ellas secundarán la acción de la Junta diocesana, siendo sus agentes activos en los respectivos arciprestazgos y visitándolos con frecuencia.

Por su medio se pueden comunicar a éstos los acuerdos, avisos proyectos y estímulos del Centro diocesano y éste recibir noti-

cias de la marcha de la Obra en aquellos, con lo que se facilita mucho la actuación de la Junta diocesana sobre todos los pueblos.

Las Marías Delegadas darán a la Secretaria o Cronista todos los datos de sus respectivos arciprestazgos para el Registro.

Si el Director diocesano lo creyere conveniente, puede nombrar a cada vocal delegada una Subdelegada que le ayude y supla.

Otros cargos de las Juntas.—20 — En-

tre otros cargos que el Director juzgue convenientes según las circunstancias, para el mejor desenvolvimiento de la Obra, como Bibliotecaria, Sacristana, Organista, etc. se deja a su libre determinación nombrar a una María maestra de las aspirantes, la cual les instruya en el espíritu propio de la Obra, reuniéndolas en viajes de Marías a los Sagrarios y que por estos y otros medios conducentes, las forme como verdaderas María de los Sagrarios-Calvarios.

Ruega por nosotros pecadores

Con motivo del 16 de Julio fiesta de Ntra. Sra. del Carmen, "El Mensajero" transcribe las siguientes páginas del libro "Vive tu vida".

Vivían en Bruselas en 1604, dos libertinos. Una noche, después de haber pecado gravemente en cierta casa, el uno se queda y el otro se retira. Este último, de vuelta a su casa, recuerda en el momento de acostarse, que no ha rezado sus tres avemarías acostumbradas. Rendido de cansancio, hace un esfuerzo sobre sí propio y las reza con mediana devoción.

Apenas está dormido, cuando llaman a la puerta. Abre, y ¿qué es lo que vé? A su compañero, desfigurado, horrendo. —¿Quién eres tú?, grita.

—¡Ay de mí!, ¡compadécete, que estoy

condenado! Al salir de aquella casa, sentí que se me arrojaba encima el demonio; y me ha matado; mi cuerpo está aun en la calle. Has de saber que el mismo castigo te aguarda, de no haberte preservado de él la Sma. Virgen en atención a las tres avemarías que has rezado en su honor. . . —Desaparece.

El otro cae de rodillas para dar gracias a María, derrama abundantes lágrimas de arrepentimiento y se encierra en un convento para hacer penitencia. El Bto. Ricardo de Hamme-sur Heure, beatificado en 1867 fue testigo ocular de la muerte del joven libertino, lo cual le decidió a él también a entrar en el convento. Padeció el martirio en Japón.

El R. P. Prouvost, redentorista, decía un día desde el púlpito: "Os desafío a que

*Un precio fijo moderado - Una medida completa
Buena fe en todas las operaciones*

**CONDICIONES DE VENTA DEL
ALMACEN ROBERT**

(CASA ESTABLECIDA EN 1888)

no dejáis de convertiros, si prometéis rezar esta noche, antes de acostaros, tres avemarías con el deseo de volver a Dios”.

Habiendo aceptado el reto cierto gran pecador, reza las tres avemarías de regreso a su casa. De súbito se siente transformado; su alma se enternece, y ya no puede dejar de repetir la salutación angélica, que reitera hasta la media noche.

A la mañana siguiente, quiere irse al trabajo mas se siente retenido por una fuerza invencible. “¡Ah, se dice, son las tres Avemarías que vuelven!” y las reza enseñuida.

Por último le es imposible resistir al deseo de confesarse. Sale, encuentra el confesonario del P. Prouvost asediado por un tropel de penitentes. No tiene paciencia para esperar, atraviesa la multitud y se arroja en el confesonario. . . “Padre mío, soy el convertido de María” . . . “Hable más bajo”, dícele el Padre; pero el otro, continúa lo mismo.

Concluida la confesión; exclama: “Padre mío, sírvase decir a la muchedumbre que soy el convertido de María, que acepté el desafío”—“Si no puedo mi buen hombre; me lo impide el secreto de la confesión”.—¡Ah!, no quiere usted decirlo. ¡Pues bien, yo me encargo de ello!”

Salte del confesonario diciendo a todos: “Soy el convertido de María; decidlo en todas partes. Desde hoy quiero ser un verdadero cristiano”.

Grande fué la alegría del Padre aquel día pero mayor fué su regocijo, al cabo de un año. Como acertase a pasar nuevamente por aquella parroquia, el primero con quien tropezó fué el convertido de María.

—“¿Como está Ud.?”

—¡Ah, Padre mío, ya lo entiendo! Ud. quiere hablar de mi alma; pues bien, le he de decir que desde la misión, no he cometido ni un solo pecado mortal. ¡La buena Virgen María vela sobre mí y sigo siendo siervo suyo!”.

Escapulario del Carmen

Conocido es como en 1251, se apareció

la Virgen María a S. Simón Stock, Superior General de los Carmelitas. Al entregarle el *escapulario*, refieren que le dijo: “El que muriere revestido con este hábito, será preservado de los fuegos eternos”.

Setenta años más tarde, el Papa Juan XXII juzga fidedigna la afirmación, y ya más de veinte Soberanos Pontífices apoyan su parecer. ¿Qué se ha de pensar de semejante privilegio?.

He aquí la opinión del Papa Benedicto XIV: “El texto no dice: *El que se limitare a eso*; sino: Esta práctica vendrá a ser fuente de salvación, toda vez que se hermanice con una vida adaptada.” . . . No tendrá derecho alguno a la salvación la persona que, confiando presuntuosamente en la promesa hecha a S. Simón Stock, se entregase al pecado y se negase a recibir, en el lecho de muerte, los auxilios de la Iglesia. Al pecador impenitente, cien escapularios no son suficientes para arrancarle del infierno.

La cuestión es saber si podría permitir María, que un desgraciado pecador, portador del escapulario muriese en la impenitencia final. Esta es la contestación que parece la verdadera: Ningún pecador que lleve el escapulario morirá impenitente; pero si estuviese decidido a morir impenitente, de seguro, morirá sin escapulario.

Sabido es que, a partir del año 1910, puede ser sustituido el escapulario por una medalla bendecida al efecto, la cual debe representar al Sdo. Corazón por una parte, y a la Santísima Virgen por otra.

GMO. NIEHAUS & C^o

DEPOSITO PERMANENTE DE

AZUCAR de GRECIA, Hacienda “VICTORIA”
 “ de Santa Ana, Hacienda “LINDORA”
 “ de Santa Ana, Hacienda “ARAGON”
 ARROZ de Santa Ana, el mejor elaborado.
 ALMIDON, marca “Rosales”, Hacienda “PORO”

Calidades insuperables

Precios sin competencia

AL POR MAYOR - AL POR MENOR

Apartado 493 — Teléfono 2131

Reina del Hogar

Por Mabel Groba

Cae en mis manos un viejo libro inglés, impreso en Londres en 1860, que trata de muchos temas relacionados con la mujer europea de aquel tiempo. Muchos de sus capítulos apenas si tienen aplicación a la vida actual. Pero hay uno, acaso el más extenso de todos, que trata de la mujer casada, del que quiero hacer un breve resumen en esta nota, pues encierra verdades y bellezas eternas sobre las que siempre es conveniente reflexionar.

De la mujer casada — viene a decir el librito en cuestión — ha de poder decirse siempre lo que dice la Biblia de la mujer fuerte: "Mujer fuerte más bien que mujer virtuosa y piadosa", porque sin la fuerza de carácter y la fuerza del alma, la mujer no puede tener una virtud ni una piedad duraderas.

La mujer hará feliz a su marido, si éste puede decir de ella lo que dice Salomón de la sabiduría: "Con ella en mi casa han entrado el honor, la paz, la alegría, la virtud y, por añadidura, la prosperidad temporal, ¡todos los bienes!"

Abordando ya otro orden de cosas, se discurre así en el librito que venimos comentando: La mujer no sólo ha de tener un cariño y fidelidad inviolables a su esposo, sino que ha de esforzarse en hacerle la vida feliz y dulce, apartando toda causa de disgusto.

La mujer fuerte no tiene el amor únicamente en los labios, sino que lo tiene en el corazón y en el alma, y lo prueba labrando la dicha y la prosperidad del hogar, siendo hacendosa, económica y previsora. No come su pan en la ociosidad, sino que se aplica al trabajo, y, revestida de fuerza y de gracia, no se asusta del porvenir.

La mujer fuerte es vigilante y no confía a nadie el cuidado de velar por sus hijos, por el cumplimiento de los deberes de la servidumbre y por los intereses de la fa-

milia. Ella observa la conducta de todos los que viven en su casa.

La mujer fuerte es caritativa; abre su mano al pobre y tiende sus dos manos al indigente. Es prudente en el hablar y de sus labios no brotan más que buenas palabras. Todo el mundo la aprecia, la adoran sus hijos, la ama y elogia su esposo, la bendicen los pobres y llega al término de su vida con la paz en el corazón y la sonrisa en los labios.

La naturaleza misma ha querido que el amor verdadero, el más exclusivo de todos los sentimientos, sea la única base posible de la civilización. Este sentimiento invita a todos los hombres a una vida sencilla, exenta de ocio, de pasiones brutales. Todo es decoro y felicidad en el lazo íntimo que une

AGENDA 1942

Una Agenda práctica y elegante. Esta Agenda 1942 será la preferida por todos los hombres de negocios, oficinistas y amas de casa.

Mide 17 x 26 centímetros. Cada página alcanza para dos días.

Trae: EL SANTORAL - DÍAS FERIADOS
MOVIMIENTOS DE LUNA
PRONÓSTICO DE TIEMPO

y se completa además con los siguientes cuadros:

TARIFAS POSTALES - AVREO INTERNACIONAL
PESAS Y MEDIDAS - ITINERARIO DE AVIONES
CUADRO DE PAPEL SELLADO Y TIMBRE

Todo lo que necesita saber **EL HOMBRE DE NEGOCIOS!**

Se ofrece en **3** presentaciones

- 1.—CARTONE, edición económica....¢ 2.90
- 2.—PASTA de calidad.....¢ 3.50
- 3.—DE LUJO.....¢ 5.50

Pero las tres ediciones con el mejor papel para escribir

LIBRERIA LEHMANN & CIA.
SAN JOSE

¡MARZO TIENE CINCO SEMANAS!

LA PRIMERA REVISTA SALDRA EL

8 DE MARZO

NO LO OLVIDE

a los esposos. El hombre, feliz con su compañera, siente aumentar sus facultades con sus deberes, y la mujer, más reclusa en una vida interior, preside al gobierno de su casa, donde reina y derrama la alegría en medio del orden y la abundancia; y ambos se ven renacer en sus hijos que coronan su mesa, y que, bajo la influencia del tiempo, prometen perpetuar sus virtudes.

Al principio del mundo — sigue más adelante la felicísima pluma cuyo estudio sintetizamos aquí — Dios no creó más que un hombre y una mujer, significando así que cada hombre debe tener su compañera. Para convencerse de que tal es la ley de la naturaleza, basta contemplar el bello espectáculo que ofrece una joven pareja matrimonial. Movidos ambos por los mismos entusiasmos, sólo piensan en vivir y morir juntos. Todo cuanto hay de divino en la tierra les anima y les inflama. ¿No comprendéis que son dos mitades de un mismo ser que se encuentran? ¿No veis cómo, a medida que el alma se completa, sus sentimientos se agrandan y sus goces se purifican? Hasta los sacrificios tienen para ellos sus encantos. El que sabe amar es fuerte, el que sabe amar es justo, el que sabe amar es casto, el que sabe amar puede emprenderlo y soportarlo todo. El alma de los verdaderos amantes es como un templo, en que todas las voces hablan de Dios, en que todas las esperanzas son de inmortalidad.

La mujer nació para amar, y en sus debilidades como en sus sacrificios es siempre

el amor el que triunfa. Las cualidades del alma, por sí solas, pueden hacernos dignos de amar y de ser amados. Enamorándonos de perfecciones con harta frecuencia ideales, el alma nos señala los únicos objetos que podemos amar eternamente. Hasta en la belleza física, siempre son las cualidades morales las que nos conmueven, como lo prueba el hecho de que las fisonomías más vulgares embellecen bajo la inspiración de un sentimiento generoso, y las fisonomías más perfectas se afean bajo la impresión de una pasión baja y malévol.

¿Queréis saber cuál es la situación política y moral de un pueblo? Preguntad qué puesto ocupan en él las mujeres. De las dulzuras del amor conyugal al embrutecimiento del harén, hay toda la distancia que de la civilización a la barbarie.

He aquí las ideas medulares del notable capítulo de que antes os hablé. Su autora, Lady Harriss, enfoca la personalidad de la mujer casada desde un punto de vista exento de frivolidad y triviales galanteos. Esto hace que sus palabras suenen graves y profundas, lo que no impide que estén, como habéis visto, empapadas de ternura y de profundo amor por el eterno femenino. Hay mucho que reflexionar sobre lo que esta dama discurre en torno a la mujer, sujeta a los deberes conyugales. El retrato que nos hace de la mujer fuerte no puede ser más perfecto ni más aplicable a la fémina de nuestros días.

GLORIAS DEL CATOLICISMO

MAXWELL

Maxwell, físico inglés, presidía diariamente la oración de la noche de su familia, comulgaba cada mes, y, con motivo del congreso de los naturalistas ingleses en Bedford, hizo profesión de fe en su conferencia "De la molécula", con estas palabras: "Los sistemas solares son hoy tan perfectos en número, peso y medida, como lo fueron el día de la creación. De las propiedades impresas profundamente en ellos, podemos aprender que la rectitud de nuestras decisiones, la verdad de nuestros juicios y la honradez de nuestro proceder, los timbres más gloriosos de la nobleza humana, nos corresponden precisamente, porque son rasgos esenciales en la semblanza de Aquél Sér, que creó al principio no tan sólo al cielo y la tierra, sino que también la misma materia de que ellos habían de ser formados..."

Nada prueba mejor la religiosidad de Maxwell, que la hermosa oración que aquí citamos: "Dios Omnipotente, que has creado al hombre a tu propia semejanza, y le has dotado de alma viviente, para que Te

ame y reine sobre tus criaturas, enséñanos a estudiar las obras de tu mano de manera que podamos subyugar la tierra y nuestro entendimiento adquiera fuerzas para servirte; concédenos la gracia de recibir tu santa palabra de suerte que creamos en Aquél que Tú nos has enviado para anunciar la ciencia de la salud y alcanzar el perdón de nuestros pecados. Te lo pedimos en nombre del mismo Jesucristo, Señor Nuestro". ¡Oración sublime! Y Maxwell, que así sabía rezar, ocupa uno de los primeros puestos entre los físicos.

Joyería Müller

En esta acreditada joyería encontrará usted: los relojes de las mejores marcas, garantizados; los mejores regalos para bodas, cristalería finísima, objetos de arte. Juegos de cubiertos de plata. Y en joyería hay para los gustos más refinados.

Frente a la Plaza de la Artillería.

Teléfono 2397

Don Bosco en el pensamiento de los hombres célebres

Examinad a Don Bosco, buscad en ese sol alguna leve mancha de egoísmo o de amor propio. No la encontraréis.—*Jeorgensen*.

¡Oh, la sonrisa de Don Bosco, que arrojaba los demonios con el resplandor de su alegría.—*Hugo Wast*.

Los Institutos salesianos representan un esfuerzo colosal especialmente organizado para prevenir el delito.—*César Lombroso*.

Dios ha concedido a Don Bosco dones extraordinarios.—*Beato Cafasso*.

Don Bosco es un sacerdote admirable, modelo de todas las virtudes, y especialmente de la caridad.—*Pío XI*.

Don Bosco ha sido el primer educador, no sólo de Italia sino de todo el mundo civilizado.—*Card Svampa*.

El celo y actividad de Don Bosco son verdaderamente admirables.—*Benedicto XV*.

Don Bosco es un hombre-leyenda.—*Victor Hugo*.

Su obra ha brillado sobre el vasto Uni-

verso. ¿Es un milagro o no? Yo lo pregunto.—*Francisco Coppée.*

He considerado siempre a Don Bosco como a un hombre extraordinario.—*Padre Franco S. J.*

La Obra de Don Bosco es extraordinaria y excede las fuerzas humanas.—*León XIII.*

La Obra de Don Bosco es la tradición de los monges, modernizada para remediar la descristianización de la clase obrera.—*Sardá y Salvany.*

He sido un admirador de Don Bosco durante 37 años. Ahora que ha muerto no me queda que encomendarme a él.—*César Cantú.*

Don Bosco fué el San Vicente de Paúl del Siglo XIX.—*“El Times” de Londres.*

Don Bosco es “el tesoro de Italia”.—*Pío IX.*

Desde la Edad Media, nadie revivió los Evangelios mejor que Don Busco.—*Huysmans.*

Don Bosco es uno de los hombres más completos y más absoluto que haya conocido la tierra.—*Jeorgensen.*

Siempre he admirado en Don Bosco a una de los más grandes y colosales figuras del Siglo XIX.—*Card Salotti.*

Don Bosco fué un divinizador del Siglo XIX.—*Card. Alimonda.*

Don Bosco trabaja para resolver la cuestión obrera mejor que todos los oradores del Parlamento.—*Mons. Freppel.*

Don Bosco es un coloso de la santidad.—*Pío XI.*

Don Bosco es uno de los más grandes obreros de la cultura Argentina.—*Hugo Wast.*

Don Bosco es, tal vez, la maravilla más grande del Siglo XIX.—*Rattazzi.*

Don Bosco ha sido quizá, con San Vicente de Paúl, el hombre más abrazado de amor para con los niños desvalidos.—*Huysmans.*

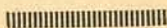
Don Bosco es un verdadero sacerdote de Dios. Sacerdote en todo el sentido de la palabra.—*Garibaldi.*

¿Quién de los grandes hombres que presenta la Historia podrá estar al lado de Don Bosco?—*Hugo Wast.*

Una vida de trabajo colosal, que daba la impresión de la opresión al sólo verla.—*Pío XI.*

Lo sobrenatural era natural en Don Bosco.—*Pío XI.*

Para Don Bosco no hay elogio suficiente.—*Pío XI.*



Lo que mienten las novias

Porque sí sin razón ni motivo alguno, sin una necesidad que lo justificara. Eva le ha dicho una mentira a su novio. La falta carece de importancia en absoluto si se atiende a la puerilidad del asunto que le dió motivo.

—¿Qué hiciste anoche?

—Estuve oyendo radio hasta las nueve y me acosté.

Y no es cierto. Eva no hizo tal cosa, sino ir al cine con sus padres.

El novio, que tiene en su prometida depositada una gran confianza, lo creyó. Y no pensó más en el asunto.

¿Por qué mintió Eva? No sabría decirlo. Sencillamente, porque en ese momen-

to se le ocurrió decir una mentira. Porque obedeció el pícaro consejo del diablillo mental que todos llevamos dentro.

La incidencia no tendría importancia alguna si no existiera lo que en ética se llama “los principios morales”. Eso ya es más serio, más grave. Hombres muy austeros de todos los tiempos han consagrado sus vidas al análisis de estas cuestiones, y escrito abundantes bibliotecas para decir de mil maneras algo que se dice en dos palabras y que es la piedra angular de las ciencias morales: “No debemos hacer aquello que nuestra conciencia nos dice que está mal hecho”. Sin advertirlo, Eva ha contrariado lo que dicen todos aquellos libros y que se

compendia en la frase apuntada. Ha mentido; ha faltado a la verdad, que es lo que sustenta la fe y alimenta el amor.

Dije que el novio no pensó más en el asunto y esto demuestra el grado de confianza que la palabra de su novia le inspira. Hasta ese momento ella ha merecido esa confianza. La fe que su novio tiene deposita en ella ha tenido hasta entonces una base firme y real. Y el amor se siente tranquilo y florece en el ambiente bonancible y sereno que la confianza le crea.

Pero, ¿qué ocurriría si el novio de Eva descubriera su pequeña mentira? El desencanto tiene siempre, en sentido negativo, la misma medida que la confianza.

Esto quiere decir que, por pequeña que sea la causa que motiva la alteración de la fe, las consecuencias serán desproporcionadas.

No es el hecho en sí lo que importa, sino el principio moral que se ha vulnerado.

Esto es lo que el novio piensa; lo que pensará desde ese momento en adelante. ¿Qué se trata de una bobería, que el asunto no es para tanto, que no se trata ni mucho menos de una falta grave? Eso no es necesario decirlo. Demasiado lo sabe él. Pero se trata de otra cosa: se trata de que ella le ha mentido valiéndose de su confianza y abusando de ella. Es cuestión de principios y no de hechos. Cuando ella le afirmó con toda sencillez, con la mayor seriedad: "Estuve oyendo radio hasta las nueve y me acosté", él lo creyó sin reserva alguna, de buena fe, con esa confianza ilimitada que tenía depositada en ella. Que tenía, porque ya no la tiene: no puede tenerla. Sí, aunque en lo sucesivo diga siempre la verdad como el oráculo, él no podrá alejar de su mente la duda, la desconfianza. Hay un refrán que acude a su memoria como una advertencia y no puede menos que admitir la lógica que encierra: "Quien hace un cesto hace un ciento". Por otra parte, tan ladrón es el que roba una caja de fósforos como un collar de

brillantes. El que hizo lo primero puede llegar a hacer lo segundo. La novia que ensaya una mentira baladí por el placer mal sano de mentir o de probar hasta qué punto cuenta con la confianza de su novio puede mañana incurrir en mentiras de mayor gravedad.

En suma: que en la mente del buen novio se ha instalado la duda, con toda su corte de fantasmas torvos y perversos.

Dije que el amor florece en el ambiente sereno que la confianza le crea. La duda es algo así como la chispa eléctrica que precipita la borrasca. El ambiente se nubla y soplan rachas heladas que destruyen o agostan las flores.

Se diría que esto es absurdo, irrazonable. Una falta tan leve... un pecadillo tan venial... Sí, la causa no tiene importancia, es tan trivial... Pero también es pequeña, muy pequeña la chispa que hizo desencadenar la borrasca. Es que se ha roto el equilibrio que sostenía la bonanza. Es que se ha echado a rodar con el pie, por simple travesura, la piedra que sostenía el edificio del amor.

Piensen bien las novias si lo que queda dicho no es verdad.

Adriana Castelar

SIMPLICITY

EL PATRON MAS EXACTO

EL MAS ELEGANTE

LO ENCONTRARA USTED EN LA

TIENDA DE DON NARCISO

Suscríbese a "Revista Costarricense"

NOVELA

Involuntariamente, como un niño cuando explica algo, había elevado el tono de la voz. Y el candor franco de su risa, que era clara, que era alegre, aun emergiendo de entre lágrimas, se desgranó sin ruido, muy dulcemente.

—Sí, amigo mío; le digo, en verdad, que no me preocupa de ser coqueta—afirmó.

Y luego, como sonriera Kerjean, declaró, recordando su gravedad:

—No concibo que una joven consienta en ser la esposa de un hombre a quien no ame profundamente, perdidamente... Yo no amo a nadie..., ni amaré nunca a nadie... Por consiguiente, jamás me casaré. ¡Ni más ni menos!

Kerjean la había escuchado sin tratar de interrumpirla, sintiéndose extrañamente dichoso, extrañamente encantado de cuanto ella decía con tanta sencillez y con ese tranquilo atrevimiento de los seres puros.

Y de pronto comprendió que la boda de Filis con el hombre desconocido, de quien en aquel momento su imaginación no se forjaba la imagen concreta, le habría repugnado como un sacrilegio; y comprendió también que este sacrilegio le habría hecho padecer cruelmente en su corazón y hasta en su carne. Había oído hablar de los celos de algunos padres al casárseles las hijas, celos más ásperos y violentos, en algunos de ellos, que los celos de amante. Y pensó que esa pasión singular, ansiosa, que nada tiene que ver con los lazos de la sangre, que esa pasión que se nutre de los más puros recuerdos y que casi siempre, sin embargo, responde a un conocimiento desolador de la vida y de los hombres; que—producto de una estimación exasperada y, sobre todo, de un respeto tierno y conmovido—ve aún a la joven, en vísperas de ser esposa, la inocencia sagrada de la niña; que esa pasión, tan compleja y paradójica, debía semejarse extraordinariamente a lo que en sí mismo acababa, no de experimentar, sino de sentir.

Antaño, porque le gustaban los niños y porque ella era una criatura deliciosa, la pequeña Filis se apoderó graciosamente de un rinconcito de su

corazón. Más tarde, los acontecimientos interrumpieron aquella intimidad. Parecía inevitable que el tiempo y el destino se separasen más y más, hasta hacerlos mutuamente indiferentes y convenir luego en extraños el uno al otro, a aquella niña enamorada de los juegos y de los cuentos, y a aquel mozo que era un hombre hecho y absorbido por la vida... Y he aquí que el azar y el dolor de consuno, disponiendo lo contrario, decidieron que la muchacha ocupase sencillamente en el corazón del hombre el sitio que dejó vacío la niña. Sí, el mismo sitio, el mismo rinconcito protector donde el gigante Bizuth hubiera querido guardar de todo mal y de todo sufrimiento a la delicada princesita...

—Filis—dijo—, le he hablado a usted como me ordenaba mi razón, mejor dicho, con un cierto sentido práctico de que creo disponer para aconsejar útilmente a mis amigos... y que me falta ¡ay! totalmente para gobernarme yo mismo... En el fondo, soy sólo un idealista, un sentimental que la aprueba a usted... Creo que, de resignarse usted a aceptar el "partido soberbio" que codiciaba la señorita Chardon-Pluche, habría sido muy desdichada... Y esto es así porque espero que tomará un excelente desquite... Sólo cuenta usted veinte años, Filita; yo confío aún. Quiero creer que, a pesar de la desilusión que la ha herido, su corazón no está muerto... y que resucitará al contacto de otro corazón, todavía ignorado de usted y de mí... pero creo que será muy bueno, muy amante, muy fiel... Quiero creer que, cuando sea usted muy tiernamente, muy lealmente amada por un hombre digno de su amor..., usted amará también, Filita. Conserve Ud., pues, para ese dilecto futuro, el preciado tesoro de su amor y su marido será un hombre feliz, que la hará a usted feliz también... y a quien el gigante Bizuth querrá con toda la amistad que a usted le profesa.

Los ojos buenos, afectuosos de Guillermo envolvieron con su mirada acariciadora la delicada carita; pero Filis se mantuvo seria y triste.

—Me toma usted aún por una niña, viejo Ker-

jean; por una niña que acaba de romper su muñeca y a quien se le promete otra más bonita... El porvenir, con el que usted cuenta, le demostrará, sin duda, que se equivoca. En tanto, deséeme usted sólo que sea diestra y paciente, porque la señora Chardon y Edmunda me ponen mala cara; precisa hacerles olvidar que he podido pasar por ser "la más joven de las señoritas Chardon-Pluche", y eso será difícil...

Kerjean pensó: "Nunca olvidará". Pero se abstuvo de emitir su opinión.

—¿Cuándo nos volveremos a ver?—inquirió la joven.

—No lo sé, hija mía...; usted no puede ir a mi casa ni yo venir aquí en algún tiempo.

Filis musitó:

—Entonces yo le escribiré y me contestará usted. ¿Conformes?

—Conformes.

Calló ella y luego, muy quedito, exclamó:

—¡Ahora nada espero, Kerjean!... ¡Nada me importaría morir!

La riñó él, intentó animarla y se separó, al fin, de ella tristemente. Algunos días después, como para ir del bulevar Malesberés a la avenida Hoche hubo de atravesar el parque Monceau, melancólico y gris, percibió a Filis llevando el sombrero de crespón de la señora Chardon-Pluche, que la cubría a medias las orejas y le aplastaba graciosamente los cabellos rubios alrededor de la cara. Dos jóvenes altas, sin elegancia ni belleza, la encuadraban entre sus macizas figuras.

Guillermo saludó sin detenerse. Pero Filita lanzó un grito alegre y detuvo a su amigo.

—¡Usted, Kerjean!... ¡Qué alegría!...

Y se volvió hacia sus compañeras.

—El señor Kerjean—presentó—; la señorita Marcela Chardon-Pluche, la señorita Edmunda... Marcela tendió su mano amablemente.

La señorita Boisjoli—dijo—nos ha enseñado las postales que usted le enviaba y que nos han interesado mucho. Ha hecho usted un hermoso viaje...

Contestó Guillermo con pocas palabras y con la cortesía sencilla y cordial que le era propia.

Instintivamente y para no entorpecer la circulación en la gran avenida, se habían apartado algunos pasos de ella y entrado en otra inmediata. Filis hizo un gesto friolero.

—Caminemos, ¿quieren?... El viento es glacial.

Pero Edmunda, que había acogido al presentado con una ligera inclinación de cabeza, sin que una sonrisa animase su rostro, tocó el brazo de la joven.

—No perdamos el tiempo, señorita Boisjoli. La modista nos aguarda —dijo secamente y sin mirar a Kerjean.

Y se alejaron.

—¡Impertinente! —murmuró Kerjean.

Sin embargo, a pesar del mal humor de Edmunda, Guillermo regresó a su casa contento de haber visto a Filita. La encontró muy delgada, muy débil, con su vestido negro, pero menos pálida que antes y con los ojos menos tristes...

Y pensó: ¡Qué niña es!... ¡Pobre pequeña... ¡Ah, si Jacobita hubiera recibido mi carta!...

Pero esta carta —según supo Guillermo por una nota del notario de Fougères — seguía en depósito, con otras muchas, en la notaría, en espera del día, quizá muy lejano aún, en que la señorita Jacobita Albin se dignase enviar su dirección y pedir su correspondencia.

X

Era la hora de Jap... Las cortinas del gabinete de trabajo estaban corridas, y la lámpara, de pantalla verde, encendida; el silencio vibraba al son familiar del reloj de caja. En la chimenea, copiosamente alimentada, los ardían despidiendo vivas llamas de oro, resplandores y reflejos moradizos, chispas centelleantes y un runrún adormecedor como el canto de una abuelita hilando su rueca. Kerjean había bebido su taza de café y Jap roído su terrón de azúcar, Kerjean habíase sentado junto al fuego y Jap habíase acomodado junto a su amo, apretado contra él, en el hondo sillón.

Jap tenía conciencia. Jap sabía perfectamente que les está prohibido a los perritos subirse a los muebles y dormir sobre los almohadones. Si por acaso, en ausencia de Guillermo, la llegada de Anaik le sorprendía echado sobre el blando asiento cuyo atractivo le era imposible resistir, no esperaba la inminente reprimenda para saltar al suelo y huir con el rabo entre las piernas. Pero apreciando a su manera la jerarquía de los seres

humanos, **Jap** sabía también que, por poderosa que fuese **Anaik**, la excelente proveedora de su comida, debía reconocer ésta, a su vez, la sabiduría suprema, la suprema soberanía de Guillermo, el amo bien amado. Lo que **Anaik** prohibía, podía permitirlo el amo... y lo permitía. Y entonces **Anaik**, ¿qué había de hacer sino bajar la cabeza?

Aquella noche cuando **Anaik** volvió de la calle llevando varias cartas, **Jap**, pequeña masa de carne tibia e hipócrita, hundido tranquilamente en su lugar privilegiado, había abierto un ojo para mirar a la vieja criada con indiferencia no exenta de desdén; luego sin mover siquiera las orejas, reanudó su sueño.

Era aquella la hora de **Jap**; era también para Guillermo una hora de paz serena. Ocioso, un poco fatigado, soñaba en cosas inconcretas y saboreaba, como buen aficionado, los rubios cigarrillos de oriente, cuya perfumada humareda azulaba la atmósfera y hacía llegar hasta el cerebro cierta embriaguez de que él gustaba. De aquel día conservaba un recuerdo grato, un contento íntimo.

Kerjean no volaba en los concursos; jamás se inscribió para ninguno; las grandes semanas de aviación no le contaban entre sus héroes; los grandes premios no excitaban su codicia. Si alguna vez había establecido "récorde", lo verificó sin saberlo, como el señor **Jourdain** hablaba en prosa... Por otra parte, no pecaba de imprudente o temerario, pero de nada se asombraba; y poco a poco se acostumbró a usar el aeroplano como de algo práctico y natural... Aquella mañana, deseando probar el nuevo modelo de monoplano **Patain**, escogió el camino de los pájaros para ir a almorzar en los alrededores de **Troyes**, con un compañero de escuela, cliente importante de la casa, y a pesar de la niebla que a la salida de "Issy-les-Molineaux" inquietaba a los mecánicos, el viaje se realizó muy fácilmente, muy rápidamente, manteniéndose el aparato a una velocidad de cien kilómetros por hora.

Al elevarse por encima de las nubes, **Kerjean** utilizó la brújula para dirigir la marcha; al poco rato, y estando ya a menor distancia de la tierra pudo seguir exactamente la línea del valle del Sena, que le denunciaba el espesor de la bruma, más densa en las orillas del río. Varias veces

los campanarios, como los de **Nangis**, **Provins** y **Nogent**, que se erguían hacia él emergiendo de un mar blanco, como nevado, le sirvieron de faros. Descendió hasta esos campanarios y, por gusto, dió la vuelta a su alrededor; este era su modo de visitar las iglesias... Para amarlas, su alma era de golondrina.

A trescientos metros sobre la ciudad de **Troyes**, en la que las humaredas que ascendían rectamente hacia el cielo ennegrecían la niebla, anunciando la existencia de una aglomeración humana, erró algunos instantes hasta que la catedral, apareciendo bruscamente por entre el desgarrón de una nube, le marcó el camino. Poco después, descendiendo hacia los campos en vuelo planeado y con habilidad admirable, el gran pájaro se había posado sin choque y casi sin sacudida, a quince o veinte metros del castillo en que, como puntual convidado, esperaban a **Kerjan**.

Dieron las doce.

La niebla otoñal se había disipado; lucía el sol... ni un soplo de viento corría. En la inmovilidad completa del aire la caída de una hoja muerta resonaba como un ruido insólito... Y horas más tarde, despidiéndose de sus huéspedes, **Kerjean** emprendía la ruta para regresar a **París**. Tan tranquilo entre las dos grandes alas de su monoplano como en el asiento de un automóvil, volando libremente, dulcemente, sin desviarse de la línea fijada, a cuatrocientos o quinientos metros por encima del inmenso mapa en relieve, hizo el recorrido de **Troyes** a **Issy** con luz aún. Su primer trayecto requirió dos horas; el segundo no duró más de hora y media. Durante el paseo, el **Patain 38**, provisto, como sus antecesores, de un motor **Pigmeo**, se había portado admirablemente, y **Kerjean**, el ingeniero, tenía tanto derecho a sentirse complacido de la prueba como **Kerjean**, el piloto...

Del nuevo aeroplano, de sus cualidades, perfectibles aún, de su ligereza, de su rapidez, de su estabilidad, se podía esperar mucho.

Y Guillermo, perdido entre los azulados vapores propicios a las fantasías, soñaba en el complemento futuro de la delicada armazón alada, en el alma sutil y poderosa que más tarde animaría el lindo pájaro, vencedor de los remolinos y de las brumas; en aquel motor **Patain**, que, fue-

ra cualquiera el nombre con que le bautizaran, sería siempre el motor Kerjean.

Guillermo se había comprometido mediante contrato; su cerebro no era, pues, más que la rueda preciosa de una admirable máquina. El motor Kerjean, que, aun en embrión, pertenecía ya a la casa Patain, no podía enriquecer mucho a su inventor. Pero, ¿qué le importaba a Guillermo el dinero y aun la gloria? Lo que le gustaba era el esfuerzo desinteresado, la lucha en que todas las fuerzas activas del pensamiento se exaltaban por sí mismas. Que el triunfo si llegaba, después de tales horas, de tales años de alegría viril, fuese ruidoso o quedase secreto, que se presentase cargado de oro o desprovisto de toda ventaja pecuniaria, era de mezquina importancia para un hombre como él.

Dueño de una gran fortuna, la hubiera, ciertamente, consagrado toda entera a las investigaciones que apasionaban su entusiasmo científico; por cuanto se trataba de esas investigaciones, de esas experiencias, por atrevida y costosas que fuesen, ¿no estaba allí Jorge Patain, aún más fascinado que él por la navegación aérea, dispuesto a poner sumas enormes a su disposición?

Personalmente, ¿qué habría hecho con una excesiva riqueza? No le gustaba el lujo; lo desconocía casi. Por otra parte, no creía que los más grandes privilegios que pueden ser envidiados a los hombres dependiesen del dinero... ¿Quién ha descubierto jamás el medio de comprar unos ojos capaces de ver, unas orejas capaces de oír, un corazón capaz de amar y de crear, un cerebro profundo, una imaginación creadora, una sensibilidad vibrante?... Los pobres son aquellos a quienes nada en el mundo, ningún poder, ninguna fortuna pueden proporcionar esas cosas, si no las han obtenido ya gratuitamente.

A Kerjean le complacía pensar, con Renán, que Dios nos ha dado a todos el usufructo del universo y que hay que contentarse con gozar de él sin poseerlo.

Sus rentas, que en diferentes ocasiones y sin que el favorecido, lo soñase, cuidó Jorge Patain de aumentar considerablemente, le permitían una vida amplia y confortable, sana e inteligente, que él tampoco habría deseado más dispendiosa.

Hacía sin querer economías que beneficiaban

a sus amigos, siempre seguros de encontrar su bolsa abierta en caso de necesidad, y a Colette Mouche, cuyas ambiciones y gustos no eran exagerados.

Poseía una casa agradable cuyo ambiente le placía. De haber tenido el capricho de viajar por viajar, habría recorrido la tierra. Entretanto, los aeroplanos más perfectos estaban a su servicio para explorar el cielo. Más tarde, mucho más tarde, podría adquirir en algún sitio, cerca de Fourgère, en esa región en que confinan la Bretaña, la Normandía y el Maine, que se denomina el desierto y que es tan fresca, tan umbrrosa, tan florida, una casita y un jardín plantado de tilos, a donde iría de vez en cuando para descansar de sus años de hombre y revivir sus años de niño. Como buen bretón, buscaría, para envejecer, un rincón apacible y perfumado de la tierra natal. Sus sueños de fortuna no pasaban de ahí. Vivía solo y seguiría viviendo solo, aunque su corazón era amante y generoso, aunque el afecto protector fuese uno de los instintos de su naturaleza. El matrimonio no le atraía. Las inquietudes, las responsabilidades, la dicha de familia entorpecen la acción, dificultan el vuelo. ¡Ni pasajero amigo, ni pasajera amada! ¡Sólo en el aire, dueño de la soltedad embriagadora y fecunda!

... Sonó la campanilla de la puerta. Asombrado, como el hombre que se despierta, Kerjean sonrió. Esperaba un telegrama de Colette...

Colette acababa de mudar de residencia. Todavía un poco aturdido por la humareda azul del tabaco, Kerjean volvía a verla como la víspera en Ateuil, en el minúsculo piso en que se instalaba, removiéndolo todo, bullidora, creando el desorden allí donde no existía más que el amontonamiento. ¡A él le faltó tiempo para huir!

¡Linda y querida Colette!... ¡Colette preciosa! Cuerpo encantador, ingenuo, gracioso, poco, muy poco corazón... egoísmo amable y sin asperezas, atolondramiento de mariposa... Era, bajo una forma exquisita, el amor de no hacer sufrir, que no se muestra exigente ni incómoda, que no se mezcla a la vida cotidiana... Era la embriaguez deliciosa de un momento, sin llevar consigo las amarguras, las envidias, los dolores que devoran la existencia, ni siquiera los peque-

ños disgustos, las pequeñas querellas, las obsesivos futilidades que la quebrantan...

Por anticipado leía Guillermo en la cartita llegada por correo interior las palabras escogidas, las frases de amor tan buscadas, y, sin embargo, tan tiernas, tan locas...

Unos pasos precipitados, ligeros, percutieron en el entarimado del salón, cuya puerta estaba abierta.

Guillermo sintió la impresión fugaz de que Colette, evocada por él, iba a presentarsele... Luego, se levantó violentamente, molestando a Jap, que, ofendido, comenzó a ladrar.

—Pero, desdichada niña, ¿qué hace usted aquí a semejantes horas?...—exclamó Kerjean.

Porque en el ancho marco de la puerta acababa de destacarse la figurina de Filis Boisjoli.

Sin embargo, la joven había entrado... Ante aquella aparición, ante aquel mutismo tembloroso, el enfado de Kerjean se desvaneció.

—¿Qué sucede, Filita?—dijo—. ¿Qué pasa? Me asusta usted...

—Kerjean, esa mujer ha estado atroz...

—¿Qué mujer? ¿La señora Chardon-Pluche?

—La señora Chardon Pluche, sí. Me ha insultado, me ha echado de la casa.

—Pero ¿cómo? ¿Por qué?... Hable usted en seguida.

Filis parecía desfallecida. Kerjean quería que se sentase al lado del fuego, pero ella continuaba de pie en medio de la habitación, nerviosa y sin lágrimas.

—Usted sabe que me tenía tirria. El otro día, cuando vino usted a verme—yo creo verdaderamente que se había escondido detrás de las cortinas de la antecámara para verme—me dijo cosas absurdas y depresivas: que yo la había informado inexactamente, que era usted más joven de lo que dedujo ella de mis palabras, que su responsabilidad le obligaba a recibir a un hombre de la edad de usted... Yo aguanté pacientemente sus estúpidas reprimendas... Pero hoy Edmunda le ha contado insidiosamente que nos habíamos encontrado con usted en el parque Monceau... Esta noche, después de cenar, me ha hecho esa señora una escena terrible; ¡me ha acusado, sí, me ha acusado de ser "un elemento de corrupción" para sus hijas, Kerjean!... Me dijo que había aguantado todo lo posible por

consideración a la señorita Arguin, pero puesto que después de haber recibido yo a un hombre a solas en su casa (!!!) —¡y ya no se maravillaba de que hubiese rechazado un matrimonio decente!—, llevaba mi inconveniencia al extremo de dar citas en el parque Monceau bajo la égida de sus inocentes hijas y de presentar a éstas a mis enamorados... Kerjean saltó:

—¡Eso es ya demasiado!

—Sí, amigo: eso es ya demasiado... Me he sublevado... He dicho a la señora de Chardon-Pluche todo lo que me pedía el corazón... Y cuando esa desagradable persona, tan bestia como mala, me ha pagado mis ocho días, como a una criada, "por humanidad", para que pueda buscar otro empleo, le he contestado que, después de haber sido tratada por ella en aquella forma, no pasaría ni una noche más bajo su techo... Esto le ha impresionado algo, claro que por causa de la señorita Arguin, a quien no quiere disgustar... y ha intentado recoger velas... ¡Ya era tarde! Sin escucharla siquiera, he corrido a mi habitación y he metido todos mis chismes en la maleta... ¡Ah, escaparme... escaparme al fin, a respirar otra atmósfera!... Pero ¿a dónde ir?... ¿Qué podría hacer, Kerjean?... La señorita Arguin ya me había dado a entender claramente que no me recogería más en su casa... ¿Los Moriceau?... Yo no quería ir por... por las personas que suelen visitarles... No tenía más remedio que acudir a usted... Y cuando el portero, con mi maleta auestas, me ha preguntado qué dirección debía dar al cochero... he indicado la de usted, amigo mío.

—Ha hecho usted bien... ha hecho usted bien—repitió él.

La muchacha se había dejado caer sobre el diván y lloraba ocultando la cara, aplastando el sombrero contra los almohadones.

—Yo no podía ir al hotel, Kerjean... Habría tenido mucho miedo. Además, sé que a mi madrina no le habría gustado saberme sola en un hotel... y que mi madrina me habría confiado a usted...

—Le repito que ha hecho usted bien, que no podía hacer otra cosa mejor—insistió Kerjean, desolado—. ¡Ea, Filita, no llore usted más!

Filis, incorporada ya, enjugaba sus lágrimas, sollozando todavía. Delicadamente, diestramente

le quitó él una a una las largas agujas de azabache y la despojó del incómodo sombrero... Ella le dejaba hacer pasivamente.

—¡Qué bueno es usted!—dijo—. Kerjean, no quiero reanudar esta vida... ni buscar otra casa... donde se me maltratará de una u otra manera... Ya no puedo más... Y esto aparte, ¿quién me tomará después de lo que seguramente dirá la señora Chardon-Pluche... y quizá la misma señorita Arguin? La gente es muy injusta, muy mala... Mientras esperaba algo para el porvenir, por loca que fuera esta esperanza, tenía valor... Pero ahora... ya no puedo más, no; ya no puedo más... Me moriría... Amigo mío, recójame usted... Usted decía que hubiera podido ser la secretaria de la señorita Albin... Pues seré la de usted... Pero se lo suplico, recójame en su casa...

Kerjean había permanecido de pie, cerca de ella. Muy suavemente, su mano larga, descarnada y fina acarició los rubios cabellos de su amiga.

—Mi pobre pequeña—repuso—, sería para mí una gran dicha, pero ¿no ve usted que es imposible? Usted es muy joven, yo sólo tengo treinta años... No es usted mi hermana, ni mi esposa... Y el mundo no siempre se hace cargo... Si usted viviese conmigo dirían de nosotros cosas muy desagradables para usted... y por tanto para mí...

—Nada me importaría que las dijese no siendo verdad.

—Pero me importaría mucho a mí... y a usted también más tarde, cuando deje de ser la niña que es ahora.

Los ojos de la pobre muchacha, serenos momentos antes, rebosaron desesperación.

—Entonces, ¿qué será de mí? Diga usted, Kerjean. ¡Ay, si... si él no hubiese sido tan cruel!; sí... ¡habría podido ser dichosa!... y ahora soy como una pavesa... y ya no tengo fuerza... ninguna... ninguna... ninguna...

—Ya buscaremos... alguna buena idea se nos ocurrirá... todo se arreglará, se lo prometo—repuso Kerjean, acariciando aún la cabeza inclinada hacia él, y no sabiendo, en verdad, a qué ni a quién recurrir para la solución del problema—. Sí; mañana hablaremos, Filita... y algo encontraremos entre los dos... de seguro...

Pero esta noche hay que ser razonable... tranquilizarse... no atormentarse más... no llorar más...

Ella lanzó un grito.

—¿Me admite usted por esta noche?...

Sonrió él.

—Pues claro que la admito... Hubiera preferido hallar para usted otro refugio... Pero la hora nos impide elegir... Y puesto que está usted aquí... voy a decirle a Anaik que prepare para usted la alcoba de mi madre; es la mejor habitación de la casa. Allí dormirá como un bebé, muy quietecita... ¡Y ya sabe usted que la noche es buena consejera!...

Hablaba él con una bondad sincera y afectuosa que calmaba, que tranquilizaba. La muchacha le sonrió, con lágrimas aún en los ojos.

—¡Cómo anima el abandonarse a la voluntad de usted, amigo mío—murmuró ella—. Estoy bien aquí... Anaik ha visto en seguida que yo había llorado y me ha llamado "mi pobre cordera". Parece muy buena...

—¡Oh, es el mejor de los seres!... La primera vez que vino usted ya la dejó encantada... Me dijo: "¡Qué desgracia ver trabajar a esa dulce reinocita en casa de personas que no serán dignas siquiera de servirla!..." Además, ella estaba orgullosa de que usted elogiara sus pasteles... Voy a decirle que se queda usted esta noche... Póngase ahí, al lado del fuego...

Como obedeciera Filis, sentándose en el gran sillón, junto a la chimenea, Jap saltó sobre sus rodillas y allí se instaló desvergonzadamente.

—¡Ah!—exclamó la joven—. Este es el perrito que se encontró usted... Es Jap...

No consintió que Guillermo hiciese bajar a Jap, y besó la cabecilla negra del perrillo.

—¡Pobre Jap! También tú estabas solo, abandonado como yo... Usted lo recogió, como a mí, Kerjean... Pero él puede permanecer aquí... ¡Tienes más suerte!...

Expresaba en su voz una resignación tan lastimera que Kerjean notó que se le humedecían los ojos...

Al contemplar la hermosa estancia bretona, Filis se maravilló.

—¡Oh, qué lindo es esto!... Ese gran lecho cerrado como una casita... y todos esos mue-

bles tan ingenuos... ¡Qué bonito es!... ¡Cómo me gusta!

—¿No tendrá usted frío?—preguntó solícito Kerjean.—Acaban de encender la chimenea.

—No sentiré frío... porque tengo calor en el corazón, amigo mío... Sí, quiero dormir... Me parecerá que su madre de usted vela por mí, Kerjean... Y quizá, quizá me dé un buen consejo... en sueños... ¡Oh! Si su madre de usted hubiera estado aquí, habría podido quedarme, ¿verdad?

—Sí, mi amiguita...

Sonó la campanilla de la puerta... esta vez sí era el mensaje de Colette. Kerjean lo tomó, reconoció la letra y deslizó el pliego en el bolsillo.

—¡Buenas noches, Filita!...

—¡Buenas noches, gran amigo!...

Filis retuvo dulcemente la mano del joven y, mirándole con los ojos muy alegres y sonrientes, le dijo:

—Una vez más el gigante Bizuth ha salvado a la princesa.

XI

Guillermo sólo durmió una parte de la noche y se despertó inquieto, más preocupado de la suerte de Filita, más intrigado por el problema, del que había prometido la solución, de lo que hubiera querido confesarse.

A las siete y media, cuando almorzaba en el comedor en compañía de **Jap**, entró Filis, rubia y clara como un rayo de sol. Anaik la seguía, llevando una bandeja con una jícara de chocolate humeante colocada entre dos platos de bizcochos.

—¡Buenos días, viejo Kerjean!— saludó la joven.— Anaik me había traído mi chocolate a la alcoba, pero prefiero desayunar con usted...

Un vestido blanco, amplio, sutil como las túnicas con que los imanigarios visteh a los ángeles, la envolvía, entre grandes y castos pliegues. No se había peinado; sus cabellos continuaban trenzados a uno y otro lado de la cabeza. En el lado izquierdo, atando un mechón sobre la oreja, una cinta de raso blanco formaba una gruesa moña. Kerjean sonrió.

—¡Buenos días, Filita!... ¿No será ésa la cinta que escandalizó a la señora Chardon-Pluche?

Filis se había sentado frente a su huésped y

probaba ya en la punta de la cuchara el chocolate, demasiado caliente.

—Lo ha adivinado usted. ¿También le escandaliza a usted, quizá?

—Yo no me escandalizo tan fácilmente como la señora Chardon-Pluche, hé de confesarlo... Pero encuentro que, así peinada, tiene un aspecto más de chicuela todavía que el de costumbre. Es usted tan joven, Filis, ¡tan excesivamente joven, mi pobre niña!... En fin, ¿ha dormido usted bien?

—Maravillosamente.

—Hoy la veo más valiente que ayer, aunque muy excitada, muy agitada.

—He dormido, pero creo que, en la inconsciencia del sueño, mi cerebro no ha parado de trabajar un instante... Al abrir los ojos, mi cabeza estaba llena de ideas que no he reconocido como mías, pero que se han alojado allí esta noche... Y usted, Kerjean, ha encontrado algo?

El joven vaciló ante la sonrisa confiada de ella.

—Pues bien: si he de decir la verdad, no... nada todavía. Hay que reflexionar, informarse... por el pronto, voy a preguntar a la señora Saueret, esposa de un ingeniero compañero mío de la casa Patatin, si sabe de algún hospedaje familiar bueno o de algún convento donde pudiera usted pasar una temporada... Porque aquí no debe usted continuar un día más... si se supiese ya...

Filis le interrumpió, radiante el rostro, aunque también denotaba éste cierta ansiedad.

—Kerjean, tengo una idea... Una idea que me parece espléndida... Ahora falta que usted la apruebe, que usted la acepte... Y yo creo que usted y yo juzgamos siempre las cosas de la misma manera...

—¿Y por qué no?... Veamos su idea, Filita.

—¡Lo arreglaría todo, gigante Bizuth! ¡Y yo estaría muy tranquila, muy contenta!

Acababa él de enrollar metódicamente su servilleta, metiéndola en el anillo de plata, y de apartar con aire distraído la taza y el plato.

—¡Ea, diga usted ya...—incitó.

—¿No echará usted a correr en seguida, sin oírme, Kerjean?

—No.

—En realidad se trata de una cosa muy sen-

cilla... Pero es preciso considerarla de cierto modo... sin prejuicios...

—Me siento con el ánimo completamente sereno para oírla... aunque ya me inquieta usted un poco...

—¿Ve usted?... Ya está usted prevenido... Va usted a enfadarse...

—De ninguna manera... Al contrario... Si aguardo una confidencia extraordinaria, señal es de que me hallo en disposición de asombrarme de nada. Adelante, pues; la escucho...

—Espere a que me haya bebido el chocolate.

—¿Desprecia las pastas de Anaik?

—No tengo gana.

Cuando hubo dejado sobre la mesa la taza vacía, abandonó Filis su sitio y fué a sentarse al lado de Kerjean.

—Antes puntualicemos las cosas—inió—. Anoche me dijo usted, Kerjean, que, no siendo su hermana ni su mujer, no podía quedarme en esta casa sin dar pasto a la maledicencia.

—¡Pobre hija! Eso dije y lo repito.

—Si yo fuese su hermana, Kerjean; si yo tuviese la suerte de tener un hermano mayor como usted, que pudiera amarme y protegerme sin provocar idiotas chismorreos, ¿me retendría usted aquí?... ¿No le molestaría mi presencia?...

—Claro que no, Filita. Su presencia me sería muy agradable... Pero no veo...

—¿Es verdad lo que usted dice, Kerjean?

La voz de Filis revelaba su emoción.

Sorprendido Guillermo, miró más atentamente el rostro que se inclinaba hacia él.

—Muy de verdad—afirmó—, pero sigo sin comprender...

—Un poco de paciencia... Hay aún algo que le he oído a usted decir... y muchas veces, Kerjean; esto es, que había decidido no casarse... ¿Ha cambiado usted de propósito?

—No, indudablemente... pero...

—¿De veras... de veras?

—De veras. Mis intenciones respecto a ese punto nunca variarán.

El semblante de Filis resplandeció.

—Pues bien: entonces, amigo mío, reflexione usted un instante y verá que la solución deseada la tenemos al alcance de la mano... Puesto que usted no desea casarse... y puesto que yo nun-

ca amaré a nadie... la cosa es muy sencilla... ¡cásese usted conmigo!

Filis sonreía.

Los expresivos rasgos fisonómicos de Kerjean se plasmaron en una expresión de estupor casi cómica.

—¿Qué dice usted?—profirió—, creyendo haber oído mal. Sin turbarse, ella continuó:

—Digo que debiera usted casarse conmigo, Kerjean... Para usted seré sólo una hermanita muy afectuosa, muy agradecida, muy dócil... Para la gente seré su mujer, y... por lo menos, así nadie tendrá el derecho de asombrarse de verme junto a usted... ¿Qué tal?

Kerjean soltó la carcajada.

—Usted delira, Filita... Supongo que no es esa la buena idea de que hablaba usted, porque entonces...

—Esa es la buena idea de que hablaba.

—¡Pobre niña! Esa es una extravagancia in-calificable... De momento creí que se trataba de una broma, de una travesura cuyo fin no se me alcanzaba muy bien... ¿No comprende usted que semejante combinación es infantil... y tan irrealizable que no hay modo de tomarla en serio?...

—¿Irrealizable? ¿Por qué?

—Por cien razones... Es más, ni siquiera merece discutirse.

—¿Qué razones?... Yo prefiero discutirla.

—Nenita, no he de examinar con una niña como usted la primera y, sin duda, la más grave de esas razones... Me refiero a la anomalía formidable de esa situación, que a usted le parece tan sencilla, de un hombre y una mujer casados sin estarlo... viviendo como hermanos en la apariencia de esposos, situación falsa, ridícula e insostenible, de la que usted no puede concebir las dificultades, los equívocos y... los absurdos.

—Yo sé que algunos estudiantes rusos se casan así...

—Eso dicen. Habría que averiguar las circunstancias y... si son realmente estudiantes rusos... Pero demos de lado a ese aspecto de la cuestión... Aun hay más... Usted dice: "Jamás querré a nadie..." ¿Cree usted que esa afirmación, salida de una boca de diez y nueve años, puede tomarse como artículo de fe?

(Continuará)

El Casamiento de la Duquesa de Abrantes

Si por nobleza auténtica, de cuna, no hubiese merecido la duquesa de Abrantes ser mencionada y recordada por la posteridad, la historia la habría incluido en sus reales crónicas, por haber sido esposa de uno de los lugartenientes de Napoleón, el general Junot, de actuación intensa y que manifestó siempre su adhesión al gran corso aun en los momentos en que la fortuna le era netamente adversa. Pero quizá también la historia se habría acordado de esta singular mujer, dotada de espíritu observador aguzadísimo, por sus retratos estupendos de las figuras que vivieron en torno de Napoleón y los de la familia Bonaparte, a quien tratara con verdadera intimidad y confianza, puesto que ella fué en cierto modo una cronista de hechos, como lo revelan sus "Memorias" descriptivas de los salones parisienses y valiosas para penetrar en el carácter del hombre que, siendo dueño de Francia, quiso tentar la suerte de encerrar al mundo en un puño, en sus anhelos de imperialismo desmedido.

Y el Napoleón íntimo surge a veces evocado por la pluma de la duquesa de Abrantes con detalles de tal realidad, pintorescos, que llega a comprenderse mejor la figura egregia que ganó batallas y perdió muchas discusiones domésticas por haber sido un "gato con botas", mote familiar que toleraba con bastante molestia.

Tal vez si la familia de la duquesa hubiese conservado su fortuna otra habría sido su figuración, pero la coincidencia de no poseer sino el brillo, las apariencias sostenidas a veces con dificultades, apuntaladas con operaciones comerciales, con cierto sentido de sacrificio, y la otra coincidencia no menor de circular su nombre desde su adolescencia en boca de los círculos elegantes de París, dándosele como solicitada por veinticinco pretendientes, hicieron el milagro de convertirla en la esposa del Junot, brazo derecho de Napoleón, que se dispuso a buscar compañera el día en que su jefe se lo indicó como consejo y como orden que vería con agrado fuese ejecutada.

Junot acababa de instalarse en la capital de Francia con el cargo de gobernador militar de la plaza cuando Napoleón le sugirió que su matrimonio era imprescindible. Pero Junot había

perdido el hábito de tratar a las damas, ya que su vida de soldado lo había alejado de los salones y vuelto a un ser de costumbres un poco toscas.

Cuando ya dispuesto a cumplir la sugestión que le fuera hecha, habló de sus proyectos de boda en los primeros círculos que frecuentó, halló con sorpresa que le barajaban nombres prematuramente, y así por mero azar oyó nombrar a Laura St. Martin Permón, jovencita de 16 años y a la que él conociera de niña. Se la pintaron como rodeada de cortejantes y esto casi atemoriza al militar. Pero ateniéndose a los hechos, había exageración en cuanto al número, ya que sólo un candidato parecía tener ascendiente como para satisfacer a la madre de la joven y a la señora Hamelín, célebre casamentera de figuras prominentes.

El general Junot casi por curiosidad hizo preguntas con respecto a este nuevo ídolo parisiense si bien nacido en Montpeliér, pero riéndose de su situación como probable novio de ella, ya que conociendo a su señora madre y juzgándola por demás terca, dudaba de que pudiera deshacer el casamiento preparado en caso de que le agradase la delicada figura que promovía tantos elogios. Pero la habilidosa señora Hamelín le dió a entender que el cambio, de nacer una simpatía recíproca, no sería cosa difícil ni erizada de dificultades.

Y así poco a poco se fué tejiendo un compromiso exterior en torno al general y a la joven, de manera que los lazos de los salones no tardaron en reunirlos. A los pocos días de la primera entrevista ya corrían los rumores, más halagüeños sobre el idilio, por más que éste, para ser veraces, aún no había despuntado a no ser en una atracción amistosa. Para el militar era el asunto cuestión de inclinación sin llegar al problema sentimental; para la joven una perspectiva brillante.

Por eso el matrimonio en que antes se pensara quedó en agua de borrajas y se preparó la red propicia para consumir la boda entre un grupo de familias vinculadas a los que se daba en absoluto por novios.

Fué el propio general quien efectuó la petición

dé mano, contraviniendo el protocolo. Y junto con esto se colocó en la situación más absurda que pedirse pueda, ya que insistía en lograr la respuesta a sus pretensiones sin tardanza. Y la misma sorpresa había trastornado la reflexión de la solicitada, que huyó del salón a refugiarse en sus habitaciones privadas. Al final envió el asentimiento por intermedio de su hermano.

El primer cónsul, que no ignoraba que la señorita de Permón no podría aportar un céntimo a la boda, quedó alelado cuando Junot se lo notificó. Entonces resolvió donar a la pareja 100.000 francos y 40,000 más para la canastilla. De manera que Junot, se vió con una fortunita.

La duquesa de Abrantes más tarde tuvo su cuarto de hora glorioso a lado de Josefina Bona-

parte, pero quiso el destino que la adversidad le persiguiese debiendo subvenir a sus gastos en las postrimerías de la vida gracias a su talento, demostrado en los libros y trabajos que dió a las prensas.

La canastilla exhibida con motivo de su enlace causó sorpresa, pero precisamente por la cantidad de presentes riquísimos y ser notorio en París que la fortuna de la novia y de su familia hacía rato estaba evaporada. Y muchos supusieron absurdos cuando no fué más que obra de la gratitud de Napoleón y de la simpatía que éste profesaba a la duquesa y a sus parientes, quienes lo habían conocido en la miseria ambiciosa de su juventud.

ASCENDER

Por Pierre L'Ermite

Vivir es ascender. Los años son montañas escalonadas.

Cuando uno es adolescente, sube alegremente las primeras pendientes de suave declive, esmaltadas de flores olorosas.

En los valles murmuran alegres canciones los arroyuelos, y, cual estrellas de un cielo invertido, las más lindas flores esmaltan el césped de los prados.

Quince, veinte años. La vida es bella y rebosa contento.

Tiene los encantos del agua de la cascada al desplomarse en el abismo, herido por los rayos del sol que pinta en su movi-

ble arco irisadas perlas: diamantes, esmeraldas, rubíes, topacios y záfiro.

A los treinta años el paisaje se torna severo; la ruta es áspera; los guijarros sueltos ruedan bajo las plantas y nos hacen a veces perder el equilibrio.

Detrás de las primeras montañas se descubren otras, insospechadas, cuyos empinados picos se pierden en el espacio azulado.

¡Cuántas pendientes quedan por escalar si uno quiere llegar a la cumbre que debe alcanzar!

Algunos comienzan a sentir la fatiga; pero hay que vencerla porque el peligro

EL COLMENAR "EL CAUCA"

le ofrece a usted MIEL DE ABEJAS insuperable por su calidad, por su perfume y por su transparencia.

GOTAS DE ORO.

No olvide que la miel de abejas es el alimento ideal y a la vez medicinal.

Pídala por teléfono, N° 2927, a

ORLANDO MUÑOZ B.

TIENDA DE CHEPE ESQUIVEL

Avenida Central. Esquina opuesta de Mercado

Prepárese para el frío

en esta tienda encontrará usted las mejores

Frazadas de Lana

Aproveche

LAS FACILIDADES QUE EN SU

SECCION DE AHORROS

— LE OFRECE EL —

Banco de Costa Rica

crece; los precipicios que bordea la senda son muchos y cada vez más profundos y atrayentes.

Con todo, aún se canta. Pero son cantos de severas armonías, ecos profundos que descienden de la alta montaña, melancólicos y lejanos.

Cuarenta, cincuenta años... Se penetra en la sombra religiosa de los bosques de pinos seculares, de tronco recto, como las columnas de gigantesca catedral. Se acerca más uno al cielo. Cesan los cantos y se cuenta los que quedan.

¡Cuántos compañeros quedaron en el campo! Unos cobardes, presa del desaliento, se sentaron a la vera del estrecho sendero, negándose a subir; otros, escogieron tortuosas sendas y se extraviaron; muchos, dieron oídos a voces seductoras, se apoderó de ellos el vértigo y hallaron su tumba en los lodazales de los torrentes.

Sesenta años... ¡Quién pudiera detenerse aquí! Más, ¿para qué? ¿Por qué em-

prendiste la marcha, si no querías llegar al término? ¡Sube más arriba! ¡No te detengas en la ascensión!

He aquí los verdaderos ventisqueros, ignorados por los que viven en la monótona llanura.

La ascensión se hace cada vez más penosa. La nieve cubre nuestra cabeza; las espaldas sienten su peso; el corazón su frío. Mil peligros nos rodean y hacen más penosa la fatiga.

Mas, cuando uno echa una mirada atrás, percibe bajo sus plantas, lejos, muy lejos, allá abajo, muy abajo, pequeñas manchas grises; son las ciudades. Y en esas manchas, puntos pequeños son las casas. Y entre esos puntos, otros diminutos: son los hombres. Son los hombres tan prontos para airarse y acometer.

Viendo y pensando esto, uno se siente tranquilo, lejos de tanta miseria. En estas alturas, ¡cuán puro es el aire! ¡qué sereno el ambiente! ¡qué dulce la calma absoluta!

Pero, miremos arriba: ¿No percibes ese diamante que titila en el azul del cielo? Esa es la cumbre más alta, la meta.

Setenta años... Avancemos más con nuestra carga a las espaldas. Esta etapa será penosa. Con todo, no lo será más que la anterior; tal vez menos.

¿Has adquirido el hábito de subir?... ¡Subirás!

¿Te has acostumbrado a la fatiga y a las privaciones?... ¡Soportarás las que te faltan!

Y si la pendiente es demasiado áspera y las fuerzas pocas, te armarás de valor, y ¡adelante! ¡Oh, el puro goce de avanzar silencioso en el silencio! ¡Majestad de las elevadísimas cumbres! ¡Caos maravilloso de blancura deslumbradora! ¡Abismos que producen calofrío atravesados por agujas vertiginosas en torno de las cuales planea a veces, con las alas extendidas, un águila solitaria!

Debilitado por la fatiga, pero embriagado por la belleza, no pertenece ya a la tierra. ¿Dónde estáis vosotras, jaulas de moscas de los hombres? ¡Con qué gusto se detendría uno aquí! Mas, toda detención es un peligro. ¡No es hora de dormir! ¡Aquí el sueño sería eterno!

Y a medida que se escalan las últimas cumbres, el horizonte se dilata y la belleza se aproxima a la sublimidad.

El hombre, el anciano, empieza a sentir al Supremo Artista que es Dios, la Grandeza Infinita; se siente anodadado y exclama: ¡Tarde te he conocido y amado! Se acerca la noche... Nuestros ojos te podrán ver...

Entonces brota del pecho el himno de la gratitud. al Todopoderoso, la acción de gracias, porque nos permitió escapar de tantos peligros en el viaje ascensional: el orgullo de subir, las voces seductoras, el encanto de las flores de nieve que nos hechizaban desde el borde de los abismos; porque nos permitió pasar por aquel puente cu cierto de nieve que luego se hundió al pasar otros viajeros...

¿Por qué Dios mío, no perecimos nosotros, donde ellos encontraron la muerte?

Por fin, ¡ahí está la cumbre! No estoy en ella; mas la veo. La veo como es, Sicut est. La veo; estoy frente a frente de ella, face ad faciem.

La veo... Se perfila sola, única en el

Censura de Películas

Por el Tribunal de Censura Cinematográfica de Acción Católica

Clase A. 1ª Sección.—BUENAS.

Bandidos en las praderas; Cómprame ese pueblo; Con los brazos abiertos; Con toda el alma; La chiquilla Nelly Kelly; Los malvados de Sonora; Las vacaciones del Santo.

Clase A. 2ª Sección.—PARA PERSONAS DE CRITERIO BIEN FORMADO.

El crimen ajeno; Una chica que promete; Don Floripondio; Dos enamorados; Eran tres hermanas; Florecita del arroyo; El gato negro; Hijos valientes; Hombres sin alma; Inspector de la secreta; El insurgente; Isabelita; La liga de las canciones; Luna de miel en Río; El mar es testigo mudo; La muerte por testigo; Napoléon; La niña del millón; Pasaporte al otro mundo; El príncipe desterrado; Pueblo chico, infierno grande; La última melodía; Una voz en la noche; Vuelo de águilas; La vuelta del Cisco Kid; La zarpa del Gato Montés.

Clase B.—ESCABROSAS.

Cuando los hijos se van; Qué sabes tú de amor; Un rostro de mujer.

Clase C.—CONDENADAS.

Ana Karenina; Ayúdame a vivir; En la luz de una estrella; Más fuerte que el amor.

Concurra al buen cine; premie con su asistencia las producciones limpias; aplauda y recomiende las representaciones honestas, porque el espectáculo sano es necesario al espíritu. Pero absténgase de ver las películas escabrosas y condenadas. Recuerde que rebaja su dignidad si gustosamente presencia espectáculos inmorales o indignos.

cielo, Spes unica! Todo lo demás desaparece. De aquí abajo está lo pasado.

Se engañaron los paganos. No es cierta su sentencia: El que muere joven es amado de los dioses.

El que muere joven no tendrá el recuerdo de esta lucha a solas, ni del triunfo que embriagaba a Jaime Balmat, el humilde guía de Chamonix, quien, abandonado de sus compañeros, después de una noche pasada en un desierto, entre hielos y abismos, llegó solo a la cima de los Rochers Rouges (Peñascos Rojos), que abrían el camino al pico más elevado del Monte Blanco.

No sentirá el sublime estremecimiento ni la alegría de verse, él, pobre mortal, vencedor del gigante inviolado desde el principio del mundo.

La vida es una ascensión. Los años, montañas escalonadas de las que nadie desciende. En Septiembre de 1884, contaba Balmat 72 años de existencia. Audaz, a pesar de los años, subía de altura en altura. hasta que la montaña codiciosa se apoderó de él, y de tal modo lo retuvo y ocultó, que no se ha sabido nunca su paradero.

Una montaña — un año — se adueñará de nosotros. ¿Dónde? ¿Cuándo?

Ella nos esconderá, y nuestros amigos más queridos ignorarán nuestro paradero.

¡Montaña misteriosa, donde el Altísimo llama a cada uno!

Pero a medida que subimos, estamos más cerca de El.

¡Dichosos los que sufren las nostalgias de las alturas!

Este año, Santa Odilia (El autor escribía este artículo en 1934), la Santa de la montaña, me llama también a mí. Sé muy bien la ardua misión que me confía. Que ella me obtenga la gracia de cumplirla.

Vosotros, lectores, amigos queridos, cumplid con la vuestra.

A todos deseo un venturoso año nuevo.

Venturosos son siempre los años si en cada uno damos un paso más en la senda del bien.

¡Subamos!

Y si es necesario gastar todas nuestras energías, hagámolo, y ¡adelante!



HIJOS AMIGOS

Pedía hace años una escritora inglesa, mistress Harris, en una revista femenina, un Instituto de Psicología Maternal, donde aquellas jóvenes damas que hubieran ya sentido el placer inefable y la gloria sin par de ser madres, apendiesen a serlo en su más humano, dulce y entrañable sentido.

A primera vista la sugestión de la escritora chocaba un tanto, pues es creencia muy generalizada que la maternidad infunde por sí sola en el espíritu de la mujer aquellas cualidades y virtudes indispensables y preciosas para el alto ejercicio de la misión que la vida y la naturaleza le impone. Pero reflexionando atentamente sobre las ideas expuestas en aquella nota, llegaba una a la conclusión de que en efecto, el tal Instituto posiblemente hubiera rendido los

mejores frutos, encauzado y dirigido con la clara orientación que allí se marcaba.

Pensando nosotras ahora en este tema de la función de la madre, vemos que acaso uno de los puntos más delicados relacionados con él es el de la confianza, cordialidad y ternera que deben siempre inspirar a sus hijos.

Una madre junto a la cual el niño no se sienta como bajo el ala de la bondad y la risa mismas, pierde, por este simple hecho su esencia más genuina y valiosa, convirtiéndose en todo menos en una verdadera madre, que es tanto como decir en una forjadora de almas y cuerpecitos en flor.

¡Habéis pensado en la tristísima cosa que es una mujer ante la cual el niño se siente cohibido, sin poder dar a su genio

y deseos aquella magnífica y deliciosa expansión que la riqueza emotiva de su espíritu reclama? Si es pernicioso esto en la relación con el padre, figura, por lo común, más áspera y alejado por preocupaciones y temperamento, de estas divinas bagatelas de la intimidad del hogar, júzguese lo que será con la madre símbolo para el hijo de las más felices ternuras, y abrigo de amor en todos sus pequeños dolores y contratiempos.

¡Madres amigas!... ¿Comprendéis toda la honda y exquisita significación que tiene estas dos palabras? Amigas, sin dejar, de ser madres, y madres, sin dejar de ser amigas para los retoños de su carne que todo lo esperan de su delicadeza y comprensión. Para que estos dos conceptos aparezcan fundidos en la realidad más encantadora, se precisa, ante todo, que la madre sepa anifiarse, sepa infantilizarse tanto, que el hijo vea en ella muchas veces, a una criatura, cuajada y como en floración viva de sus mismas naderías y sentimientos.

No creáis que esto es fácil, ni mucho

menos. Y no es fácil, precisamente, porque en este propósito de fundirse espiritualmente con el niño, de participar de sus alegrías y tristezas, de ser otro él, sin perder por ello nuestra jerarquía y nuestra autoridad de madres el niño no admite mixtificación ni falsía alguna. O nos entregamos de todo corazón a nuestro papel o el fracaso más rotundo será con nosotras. No se olvide que pocos seres registran con mayor fidelidad y sensibilidad los sentimientos, actos y palabras que se le aparecen como un pequeñuelo. El es incapaz, desde luego, de discernir dónde termina la sinceridad ni dónde empieza la hipocresía o el disimulo; pero en su alma tierna y cándida sólo se marca de veras la devoción sin mentira y el puro afecto sin engaño ni sutilezas.

De ahí que sea absolutamente preciso, para ganar su confianza, estar plenamente resueltas a convertirnos, circunstancialmente, en un espíritu de una infantilidad perfecta, y para ello nada mejor que estudiar con todo detenimiento la psicología de nuestros hijos, al mismo tiempo que procura-

farmacia
D. M. Fischel

En esta acreditada Farmacia encontrará usted un servicio esmerado en el Despacho de RECETAS. Todos los artículos farmacéuticos, de superior calidad los que son renovados constantemente.

Servicio a domicilio.

Frente al lado Norte de la Plaza del Correo

TELEFONOS 4877 Y 2683

mos recordar con todo detalle nuestros sentimientos y gustos en la feliz y remota edad de nuestra infancia.

¡Alma de niño, juego, diversión, cuentecillo inocente, risa en los labios, dulce paciencia para saciar con claridad y sencillez ese eterno deseo de conocimiento de nuestros bebés!... Todo esto y muchas cosas más nos son preciosas para que nuestros pequeños se abandonen enteramente a nuestro cariño, sean para nosotras como pajarillos

alborzados que nos salten encima, junten su rostro con el nuestro, y sus bracitos de nieve y rosa se ciñan a nuestra garganta en la expresión más encendida o inefable de la alegría que llena su ser.

No encontraréis en el mundo cuadro más bello que el de una madre asaltada por ellos, agobiada, si queréis, por el gratísimo peso de sus pequeñas humanidades en flor.

Mabel Graba.

PATRIOTISMO

¿Qué es Patriotismo?

No es el toque de clarines ni el tintineo de los cimbales.

Es, antes que todo, la sensación que brota del corazón y surge con la fuerza de sincera y dominante emoción.

El impulso que la acompaña es algo que debe enorgullecernos; y si nuestro orgullo parece obvio a los demás nos alegramos.

Al sonido de nuestro Himno Nacional, por ejemplo, nos levantamos rápidamente y quedamos inmóviles y atentos; no importa el sitio ni en qué circunstancias.

Con el cuerpo erecto, los hombros echados hacia atrás, los ojos en alto, así encaramos la bandera; así reflejamos nuestro amor patrio.

El franco reconocimiento del cariño por la patria no puede jamás juzgarse de sentimental.

Es un derecho bendito del que todo patriota americano debe estar orgulloso.

El amor a nuestros padres, nuestra fe en Dios, nuestros sentimientos religiosos, nuestro amor propio y el respeto a nuestros semejantes, nuestra devoción al país y la conciencia de nuestras obligaciones como ciudadanos son las cosas que engendran el patriotismo.

Un patriota se siente feliz al proclamar su patriotismo delante de la humanidad entera.

Thos J. Watson

LA OBSESION

Cuento por Myriam Francis.

Mediodía. Renée, ante el espejo, terminó de anudarse a la barbilla las cintas de su amplia capelina de paja, y tomando unas grandes tijeras se dirigió al jardín. Cortó varas de gladiolos para el salón y camelias para su alcoba; le gustaban mucho estas flores por blancas, frías y sin aroma. Luego, levantando la vista, miró las grandes magnolias que eran como copos de nieve perfumada. Puso una regadera a guisa de escala, y así logró alcanzar la rama más al-

ta, que tenía dos flores abiertas y otras dos aun cerradas. Cuando logró cogerlas tenía las mejillas rojas, y el sombrero caído en la espalda dejaba al descubierto sus sedosos bucles castaños. Brillábanle los ojos de satisfacción. ¡Cómo le gustaban a él las magnolias! Le agradaría ponerlas donde mejor hubiera él gozado de su belleza. Cada flor, cada adorno, cada nota de armonía que creaba en su hogar, cada rincón florido y acogedor que arreglara Renée lo hacía con la

mente puesta en él. Al ponerse un traje nuevo no podía menos de pensar: "¿Le gustará este traje?" Y resplandecía de contento cuando, parada ante el espejo, veía reflejada una figura hechicera, y se decía entonces: "¡Ah, sí! ¡Sin duda hoy sería de su agrado!" Aun cuando conversaba con sus amigas se decía inmente: "¿Qué diría si me oyese?"

Todos sus actos eran el reflejo de su deseo de agradar a su amado.

La tarde era calurosa en extremo. Renée tomó un libro de versos en francés, y empezó a leer a media voz, como para alguna persona que estuviese a su lado:

Mais l'invisible ainsi
me protege trop bien.
Ce ne sera pa l'ange,
mais c'est l'amour gardien.

De repente se quedó callada, cerró el libro y suspiró. Del jardín venía un grato aroma de magnolias y geranios. Se oía el correr del agua de la fuente.

Renée salió a la terraza, sentóse en un sillón de mimbré, y con el pensamiento

puesto en otra parte, continuó una labor empezada tiempo antes. Trató de ensimismarse en el delicado bordado. Era un mantel de té primorosamente ejecutado, "para tomar el té aquí juntos, en esta terraza"—se había dicho.

Alguien que silbaba una sonatina antigua la hizo levantar la cabeza. Por el ancho camino polvoriento iba pasando, con su andar cansado, el viejo cartero. Renée sonrió un poco temblorosa. ¡Cuántas veces, en tardes como aquélla, había ella pasado largas horas en la verja, a la espera del mensajero! ¡Y con cuánta emoción había recibido las cartas del amado, que eran para ella las más completas portadoras de felicidad! Ahora todo eso había pasado; el cartero no había de detenerse más ante su reja, trayendo aquellas dulces cartas de amor; pero Renée le estaba agradecida por toda la dicha que, por su intermedio le llegó.

Insensiblemente fué cayendo la tarde. Renée, un tanto cansada, dejó su labor y se quedó largo rato contemplando el juego de

INTENSIFICAR LA PRODUCCION AGRICOLA Y ABRIR NUEVOS CAMPOS DE EXPLOTACION, LLEVARIA AL PAIS A UNA SITUACION PREPONDERANTE AHORA Y DESPUES DE LA GUERRA



La mecanización de las labores rurales ha resuelto el problema de miles de agricultores en todas partes del mundo, y ha hecho de su esfuerzo una corriente de riqueza y de bienestar.

En nuestro país, la maquinaria agrícola se abre campo en todas las zonas, y cada cual que posee un John Deere, Caterpillar, desde el imponente Tractor hasta el popular y sencillo arado, ESTA SATISFECHO Y CONVENCIDO DE LA SUPERIORIDAD DE ESTAS MARCAS sobre tantas otras de teórica eficiencia.

PIDA UD. FOLLETOS, DATOS Y DEMOSTRACIONES

COSTA RICA MACHINERY Co. Inc.

la casa especializada en toda clase de maquinaria y con existencia permanente de repuestos y personal experto.

Esquina diagonal al Carmen.

luces del crepúsculo y escuchando el canto triste de un pájaro solitario.

Horas después, ya pasada la cena, Renée volvió al mismo sitio de la terraza. El aire tibio de la noche traía ráfagas de aromas de geranios y magnolias. Ella bajó la escalinata, recogiendo su amplia falda de encaje negro, y fué a sentarse en la última grada, con los codos sobre las rodillas y las manos apoyadas en las mejillas. Sus ojos negros se quedaron largo rato mirando sin mirar el pequeño estanque florecido de lo-

tos, en cuyas aguas se reflejaban las estrellas. Y de las estrellas del estanque levantó la mirada a las estrellas del cielo. Así era como él amaba las noches, llenas de estrellas y de aromas, y ella amaba también las noches tibias y luminosas porque eran del gusto de él...

... Y de repente se le llenaron de lágrimas los ojos, y Renée empezó a sollozar con una angustia horrenda...

Haca un año que El había muerto.



El Cuarto Poder

El cuarto poder del Estado, es la prensa: es decir, la hoja de papel impreso, que se esparce profusamente por el mundo y entra sustancialmente en el pensamiento, en la pasión y en la acción de la humanidad curiosa y activa.

Mucho bien y mucho mal se ha dicho de la prensa, porque la prensa ha hecho mucho bien y mucho mal.

Por una parte, la prensa se llama voz de la opinión pública, y por otra la forma. Eso es un círculo vicioso, muy cómodo para la pasión y el interés. Es un río revuelto y ganan los pescadores; y éstos son incontables.

Porque aunque el nombre de la prensa suena a algo impersonal y superior a las

pequeñeces individuales, la realidad de la prensa es tremendamente personal y consiguientemente atada a lo grande o pequeño, a lo noble o innoble de tal o cual persona, que habla, enseña, atrae o miente en el amplificador resonante del papel impreso.

Basta ver nuestra prensa nacional, con sus ideas y doctrinas sociales y políticas contradictorias, con el uso y con el abuso de hechos, cifras, inflaciones, apologías y polémicas para descubrir los intereses, no siempre dignos del cuarto poder.

Lo malo es que el público no sabe ni puede distinguir en el fárrago impreso, y con frecuencia se llena la cabeza de ideas vagas o de pasiones injustas.

De "Verdad" Santiago de Chile.



¿SABIA USTED?

Fraunhofer (1787-1826), que en el espectro solar descubrió las "líneas de Fraunhofer", cumplía rigurosamente los preceptos de la religión; nunca, por ejemplo, dió a comer carne a sus invitados en día viernes.

Jones Prescott Joule, el representante eximio de la teoría del calor, hizo esta profesión de fe: "Si desde el cielo estrellado volvemos nuestra mirada hacia la tierra,

encontramos multitud de fenómenos, que van ligados con los cambios recíprocos de la fuerza viva y del calor, y hablan, en lenguaje elocuente, de la sabiduría y de la mano bendita del gran Arquitecto de la naturaleza... El orden persiste en el universo, no hay nunca desorden, nada se pierde, sino que toda la complicada máquina va trabajando sin defectos, en completa armonía...; porque sobre todo flota la voluntad soberana de Dios".

—Hija mía, quiero decirte **que el muchacho...**
ya tú sabes, **el muchacho...**

—Sí, señor.

—Vale... ¡vaya si vale! ¡Como que ama a Dios más que a tí!... ¡Y luego se ha puesto tan humilde!... ¡Más suave que un guante!... Me parece que ya es hora de que levantes la pena y le concedas el indulto...

—¡Sí! ¡A buena hora!... ¿Y cómo?

—¿Voy yo a decirle ven, ven, ya pasó todo...?"

—Caracoles, tienes razón! Eso no estaría bien.

—Claro que no estaría bien.

—Nada, no le digas nada y a ver si él vuelve por sí solo.

—¡No, eso tampoco! ¿No ve usted que él cree que yo no le quiero?... Aunque usted le ve tan humildito, yo sé que no se expone a otras calabazas como las de marras.

—¿Qué hacer en ese caso?

—Yo no sé... Como usted no lo haga...

—¡Yo!!

—Sí, señor cura, usted que me quiere como mi padre; usted que ve la pureza de mi cariño y la intensidad de él; usted que ha seguido paso a paso los sacrificios de mi alma; usted, señor cura... ¡hágalo por amor de Dios!...

—¡Pues eso sí que es bueno! ¿Te voy yo a traer el novio?... ¡Hombre, no faltaba más!... Vamos, no llores, María Magdalena... ¡Por vida de la niña!... ¡No me llores te digo!... Yo le hablaré... Mejor dicho, le escribiré... Vaya, ya estás contenta... ¿No lo digo? ¡Al fin, hija de Eva! En cuanto a la señorita se le da gusto, carita de Pascua y en contrariándola, cara de pocos amigos... Pues bien, puedes asegurar que hago un sacrificio por tí.

—Yo se lo agradezco a usted, señor cura; se lo agradezco y le quiero... ¡como a mi padre!... Verá usted qué buena voy a ser. En un año he de vestir el hábito del Carmen y he de comulgar diariamente, si usted me lo permite.

—Por permitido.

—Y... ¿cuándo va usted a escribir?

—Mañana... pasado mañana... un día de estos.

—No... hoy, señor cura.

—¿Hoy?

—Sí, hoy... ahora.

—¡Pero, hija mía, qué de prisa caminas!

—Yo le traeré papel y pluma.

—¡Pero, chiquilla!...

—En seguida vuelvo.

Y Luisa, rápida como un relámpago, fué por los avíos de escribir mientras el cura, sonriendo, murmuraba:

—No es chica perla la que ha pescado el señorito ése.

X

“Señor D. Luis de...”

“Muy estimado señor mío: Le escribo a usted para darle una buena noticia. He conseguido que sea usted perdonado en toda la línea: desde Dios, que le perdonó a usted anoche por mi mediación, hasta Luisa que acaba de perdonarle ahora, también por mediación mía.

“Si aún la ama usted, como creo, vaya a visitarla y será bien recibido.

“No estaría de más que, como obsequio, le llevara usted un ramo de violetas.

“Su devoto amigo y cap.

q. l. b. l. m.

(Aquí la firma)”.

Inútil es decir la alegría que experimentó Luis cuando leyó la anterior carta. Con cuánta ansiedad esperó que fuera hora conveniente para ir a casa de Luisa, no hay tampoco necesidad de manifestarlo. Compró un ramo de violetas y con él, muy ufano, alegre, resplandeciente de felicidad, se le vió aparecer por la ancha calle donde estaba la casa de Luisa. Al pasar por delante de la parroquia, saludó devotamente quitándose el sombrero. Desde un reconocido ciervo de cristales, unos ojos azules llenos de cariño le miraban fijamente. Era Luisa, que hacía una hora le esperaba, con más ansias que aquellas con que espera el condenado a muerte el indulto de su pena.

XI

Un buen consejo para concluir.

Señoritas que vivís en el mundo, doncellas católicas de quienes Dios espera que seáis el fundamento de familias cristianas, siempre tened presente que sin Dios no hay nada honrado, ni digno, ni noble, ni duradero, ni permanente y, cuando tengáis novio, si os veis en el caso de la heroína de nuestra historia, acordaos de

El ramo de violetas.

Miguel Alvarez Chape.

La Tuberculosis algunas veces entra por las picaduras en los dientes

Cuando éramos niños daban poca importancia a los dientes de leche o primera dentición. Cuando nos dolía una muela o se aflojaba, la extraía un miembro de la familia, el médico y algunas veces el dentista. Por cuanto los padres del niño sabían que más tarde los reemplazaría la segunda dentadura, no hacían ningún esfuerzo para conservarlos. Que diferencia hoy que los dentistas modernos nos aconsejan hacer todo lo posible por conservar la primera dentadura para que ocupen su lugar hasta el último momento y pueda desarrollarse en buenas condiciones la segunda dentadura, que será permanente.

Se ha observado que es más lento el desarrollo del niño que tiene los dientes de leche picados y le duelen cuando come que del que los tiene sanos. Si debido a que están picados se los extraen o se caen antes que sea tiempo de la segunda dentición, no se ensanchan bien las quijadas del niño y el arco de su boca queda demasiado estrecho y los dientes se estrujan y tuercen; entonces la corrección de esos defectos dentales por un especialista tarda muchos meses y resulta caro. En cuanto se note la menor picadura uno de los primeros dientes del niño, se debieran calzar; si nó, muere le nervio, se forma un absceso, pierde el servicio que le presta ese diente o muela. No sólo eso sino que se hinchan las glándulas en el cuello a consecuencia de un absceso. Natural estos males vienen acompañados del dolor de muela, inhabilidad para masticar bien los alimentos, mala digestión y viene a resultar en el quebranto general de la salud.

Además de precaver a los niños de todos los males que le causan los dientes picados, es preciso tomar precauciones contra la tuberculosis, que algunas veces entra por las picaduras en los dientes.

En la actualidad no es permitido que un niño tenga mala dentadura, por cuanto a las autoridades docentes incumbe emplear a dentistas para que inspeccionen con regularidad la dentadura de los párvulos, quienes notifican a sus padres cuando requieren atención a algún tratamiento especial. En realidad los defectos dentales exceden en número a los demás defectos corporales conjuntos.

Lave todos los días con cepillo los dientes de leche del nene. Procure que el dentista se los examine con regularidad cada seis meses o más a menudo, y debe darles tanta atención a los primeros como a los dientes permanentes.

Según el Journal of the American Association, a los dientes de leche hay que darles tanta atención como a los dientes permanentes.

Lo confirma este párrafo en el "Journal of the American Association" (Diario de la Asociación Médica Americana). "La opinión de los mejores dentistas es que se debieran calzar la picadura más pequeña en los dientes de leche para que no se caigan hasta que los permanentes estén bien desarrollados y listos para reemplazarlos."

CLINICA DENTAL

DOCTOR PERCY FISCHER

Dentista Americano

DE LA UNIVERSIDAD DE HARVARD

Ofrece al público métodos modernos en sus servicios profesionales

Rayos X

TELEFONO 3105

50 varas al Oeste de la Iglesia del Carmen

Normas Sociales

Al dar la mano siempre corresponde la iniciativa a la persona de mayor importancia.

Cuando se trata de un caballero y una dama, al efectuarse una presentación o al saludar, es la dama quien debe extender la mano en primer término.

En los almuerzos, por lo común el menú es más liviano que tratándose de una comida por la noche y generalmente la sobremesa no se prolonga. Por esto son de menor etiqueta y carecen de significación.

Las cenas a base de platos fríos, después del teatro, se van difundiendo poco a poco y gozan ya de gran aceptación. En principio era solamente la gente de la farándula quien las estilaba, pero ahora hasta en casas particulares se realizan, congregando a grupos de amistades.

Una señora o una joven, pueden en todo caso declinar la aceptación de un obsequio sin que tal actitud signifique un agravio.

Por otra parte, el caballero que desee obsequiar ha de cuidar mucho la propiedad del regalo, para que no involucre una falta de tacto social.

La costumbre de hacer regalos venga o no a cuento está arraigada en las clases humildes o poco acomodadas, siendo a veces este intercambio de obsequios molesto por requerir una retribución a menor o mayor plazo.

Los regalos carecen de importancia cuando no van unidos a la oportunidad que representa un cumpleaños, el onomástico, la conmemoración de una fecha fausta íntimamente considerada, y otros casos semejantes.

Los obsequios que salen de estas reglas tradicionales equivalen a una inconveniencia.

No es cometer incorrección el que un caballero deje a su acompañante sola durante los entreactos de un espectáculo.

Dado que entre nosotros existe en los cafés y confiterías la separación de salón de familias y salón general, ninguna mujer debe entrar a este último, puesto que ya

tiene un lugar reservado para hallarse más cómoda, ya que lo opuesto sería despertar la curiosidad innecesariamente.

En una reunión femenina siempre se nombra primero a las damas más jóvenes.

El clásico beso para celebrar un encuentro fortuito está proscrito enteramente de las buenas costumbres.

Se concibe el beso cuando se trata de una despedida a amigas o parientes que se ausentan por largo tiempo o bien a su regreso después de años de separación, pero no en el simple hecho de que se haya permanecido ocho días o un mes sin verse.

La amiga que valiéndose del afecto abusa de la bondad y de la confianza, y pretende inmiscuirse en asuntos de índole absolutamente particular, revelará enorme falta de tacto.

La amistad jamás autoriza a penetrar en terreno vedado y a proceder con desparpajo.

No es una falta obsequiar a la prometida en el día del compromiso matrimonial solamente con la alianza clásica, pues el cintillo que generalmente se acompaña equivale a un regalo por separado y está desprovisto del significado atribuido al primero de los anillos mencionados.

También la novia puede o no, voluntariamente, retribuir a su vez la atención del cintillo con otro regalo.

E. H. de Sierra

CONSULTORIO OPTICO

"RIVERA"

Exámenes científicos de la vista.

LENTE Y ANTEOJOS DE TODO

PRECIOS

Frente al Gran Hotel Costa Rica